



# Todo queda en familia

Textos de humor



Cultura Argentina





---

# Todo queda en familia

---

Textos de humor

Presidenta de la Nación  
Cristina Fernández de Kirchner

Vicepresidente de la Nación  
Amado Boudou

Ministra de Cultura de la Nación  
Teresa Parodi

Jefa de Gabinete  
Verónica Fiorito

Secretario de Políticas Socioculturales  
Franco Vitali

Coordinadora Programa Libros y Casas  
Daniela Allerbon



Cultura Argentina



Ministerio de Cultura  
Presidencia de la Nación  
Argentina



PROGRAMA LIBROS Y CASAS

---

# Todo queda en familia

---

Textos de humor

---

Coordinación editorial  
Daniela Allerbon

Edición  
Florencia Argento

Corrección  
Gabriela Laster

Diseño de la colección  
Bernardo + Celis / Trineo

Diagramación  
Javier Bernardo

Digitalización  
Centro de Microfilmación y Digitalización de la Biblioteca Nacional  
(Juan Abate, María Argüello, Agustina Beyda, Ignacio Gaztañaga y Karina Petroni)

Gestión de derechos de autor  
Natalia Silberleib, María Nochteff Avendaño, Daniela Valeiro

Agradecimientos  
Marcelo Mazzarello, Daniel Divinsky

Asesoramiento en selección de imagen de tapa  
Dirección de Artes Visuales del Ministerio de Cultura de la Nación

Imagen de tapa  
Luis Abadi

# Programa Libros y Casas

---

**Libros y Casas** es un programa que se lleva adelante desde el año 2007 con el objetivo de democratizar el acceso a los libros y promover la lectura tanto en el ámbito privado como en los espacios comunitarios a través de distintas actividades.

Hasta el momento ha entregado **cien mil bibliotecas** –un millón ochocientos mil libros– a cada una de las familias que recibieron viviendas de los **Programas Federales de Construcción de Viviendas** a lo largo de todo el país, y ha llevado adelante más de mil talleres de lectura. Se estima que el total de beneficiarios del programa alcanza el millón de personas.

Los textos fueron especialmente editados y seleccionados para que las familias cuenten con una biblioteca básica que incluye libros de ficción para grandes y chicos, libros ilustrados, de historieta, manuales, libros históricos y periodísticos.

El programa **Libros y Casas** ha sido tomado como modelo y fue replicado en Cuba (Bibliotecas Familiares)

y en Chile (Maletín Literario). Su impacto en las prácticas de lectura fue evaluado en el año 2008 a través de encuestas en 13 provincias. De la información recolectada se concluyó que la llegada de los libros impactó de manera positiva en los hogares, además de que gran parte de las familias contaban con menos de diez libros antes de recibir la biblioteca.

En 2015, de acuerdo con las nuevas prácticas surgidas a partir de los cambios en el acceso a las nuevas tecnologías y a su uso, el programa complementa sus acciones a través de una plataforma web y libros interactivos explorando nuevas herramientas para promocionar la lectura.

Esperamos que muchos viejos y nuevos lectores y lectoras disfruten de estos libros.



# Todo queda en familia

---

# Índice

---

11.     **Introducción**
14.     **Mi tío Poroto / Santiago Varela**  
          *“Mi tío Poroto andaba fenómeno hasta que su mujer, mi tía Porota le dijo: Mirá Poroto, vas a cumplir 70 años, es hora de que vayas a un médico”.*
20.     **Octavio, el invasor / Ana María Shua**  
          *“Estaba preparado para la violencia aterradora de la luz y el sonido, pero no para la presión, la brutal presión de la atmósfera”.*
36.     **Carta a Chichita / Ema Wolf**  
          *“En la mitad de la noche la almohada se suelta y flota. Es una desgracia tener que levantarse a buscarla cuando uno tiene tanto sueño”.*
42.     **¡Gracias viejos! / Marcelo Mazzarello**  
          *“De inmediato supe algo de mí que hasta ese momento ignoraba. Yo era fácil de sobornar”.*
48.     **Cuatro fantásticos / Fabián Casas**  
          *“Hay tantas caras en el mundo que uno, tarde o temprano, termina siendo otro”.*

- 
64. **La desgracia venía en sobres papel madera /**  
Hernán Casciari  
*“Me pasó durante años, y lo sufrí en silencio hasta hoy:  
en la infancia yo arruinaba las fotos. Todas las fotos. Y  
nada ni nadie podían detenerme”.*
76. **Versión definitiva del cuento de Pigüé /**  
Isidoro Blaisten  
*“ -¿Por qué no lo hace, Norberto?- me dice mi  
terapeuta. Y yo lo hago”.*
108. **Lo más grande que hay /** Alejandra Laurencich  
*“La voz ardiente de Sandro inunda la cocina y Laura,  
por primera vez en veinticinco años, sabe que esa noche  
ganará el duelo”.*



# Introducción

---

Reímos para no llorar. A veces, el humor es la única forma que encontramos para poder hablar en serio. Es un arma poderosa: Nos hace ver las cosas de una manera muy diferente y desarma la tragedia, la vuelve ridícula, chiquita. Y también nos salva de tomarnos demasiado en serio a nosotros mismos: nada de lo que nos podamos reír puede ser tan importante.

Pero, en la familia, el humor es algo más: es una forma de sobrevivir. ¿Quién no canjeó las ganas de hacerle un piquete de ojos a su suegro por un inocente chiste de salón?

A veces no es más que una respiración de fondo en algunos textos, pero ahí está.

Aparece en las insólitas directivas de un terapeuta en “Versión definitiva del cuento de Pigüé”, del maestro de los cuentos policiales y la neurosis Isidoro

Blaisten. Y en la evocación, tierna y ácida a la vez, del barrio y de aquellos que nos marcaron la infancia en “Cuatro fantásticos” de Fabián Casas.

Otras veces, nos defiende con su ironía de la agresión y las mentiras del mundo: nos protege del drama de no ser fotogénicos en “La desgracia venía en sobres papel madera” de Hernán Casciari o del peligro de los buenos consejos bienintencionados que nos llevan a mal puerto en “Mi tío Poroto” de Santiago Varela. Y también en el absurdo costumbrista de “¡Gracias viejos!” de Marcelo Mazzarello, en el que un nene de siete años es condenado a una larga terapia por su afición a dar sepultura a las palomas y a hacer la vertical durante horas.

Todo lo que nos hace reír está más allá de los límites, que, si no fuera por el humor, parecerían infranqueables. Nos permite pensar lo impensable, lo política, social y culturalmente incorrecto, como la visión de la maternidad de “Octavio, el invasor” de Ana María Shua, que narra el nacimiento de un bebé como una invasión milenaria de alienígenas para conquistar el planeta que se repite una y otra vez. Y, por qué no, el desenfrenado duelo de una mujer con su suegra, que toma como rehenes a un marido y un

guiso inimitable en “Lo más grande que hay” de Alejandra Laurencich.

*Todo queda en familia* es un homenaje a la risa que nos libera y nos vuelve criaturas cómicas. Ya lo dijo Charles Chaplin: mirada de cerca, la vida es una tragedia, pero vista de lejos, parece una comedia.

*“Yo no estudié humor. Lo que sí me di cuenta es que me volví profesional. La conciencia no tiene retroceso. O sea, una vez que vos viste cómo el mago hizo el truco ya no podés ver la magia, pero sí ves la calidad del truco y podés disfrutar de la calidad. Yo lo sigo disfrutando y me sigo riendo”.*

Santiago Varela

## Santiago Varela

Buenos Aires, 1940

---

Escritor, guionista, documentalista, autor teatral, conductor de radio argentino y, muy especialmente, autor de textos de un humor “absurdo, porteño y reo”, según sus propias palabras. Desde 1980 fue colaborador de las revistas *Humor*, *Sexhumor*, *Feriado Nacional*, *Página/30*, *Vivir*, *La Maga* y *Tres Puntos*, y columnista en *Clarín*, *Perfil* y *Página/12*. Fue autor de los monólogos de Tato Bores y publicó los libros *Sexo salvaje*, *Good show*, *El debut y otros cuentos* y *El gran monólogo nacional*, entre otros.



# Mi tío Poroto

---

**M**I TÍO POROTO ANDABA FENÓMENO HASTA que su mujer, mi tía Porota, a instancias de su hija, mi prima Tota, le dijo:

—Mirá Poroto, vas a cumplir 70 años, es hora de que vayas a un médico.

—¿Y para qué si estoy bárbaro?

—Porque la prevención debe hacerse ahora que todavía sos joven —contestó mi tía.

Por este motivo, mi tío Poroto fue a consultar al médico. El médico, con buen criterio, le mandó a hacer exámenes y análisis de todo lo que pudiera hacerse y que la obra social pudiera pagar.

A los quince días, el doctor le dijo que estaba bastante bien, pero que había algunos valores en los estudios que había que mejorar. Y ahí nomás le recetó Simgras Grajeas para tener el colesterol lo más abajo posible; Bobex 10 mg para el corazón; Diabetol Plus para prevenir la diabetes; Total Vitaminol, complejo

vitamínico; Abajoprex para la presión; Pisssssssox 10 mg, un diurético para complementar el Abajoprex y, como en Buenos Aires hay de todo menos buenos aires, Alergicatel para la alergia. Como los medicamentos eran muchos y había que proteger el estómago, le indicó Omeopancex 20 Cápsulas.

Mi tío Poroto fue a la farmacia y cambió allí una parte importante de su jubilación por varias cajitas primorosas de colores variados.

Al tiempo, como no lograba recordar si las pastillas verdes para la alergia las debía tomar antes o después que las cápsulas para el estómago, y si las amarillas para el corazón iban durante o al terminar las comidas, volvió al médico. Este, luego de hacerle un pequeño fixture con las ingestas, lo notó un poco alterado y algo contracturado, por lo que le agregó Nervocalm 25 y Aflojex Max.

Esa tarde cuando entró a la farmacia con las recetas, el farmacéutico y sus empleados hicieron una doble fila para que él pasara por el medio mientras ellos lo aplaudían.

Sin embargo, mi tío, en lugar de estar mejor, estaba cada día peor. Tenía el fixture de todos los remedios en el aparador de la cocina y casi no salía de su casa

porque no pasaba momento del día en que no tuviera que tomar una pastilla.

A la semana, el laboratorio fabricante de varios de los medicamentos que él usaba lo nombró “cliente protector” y le regaló un termómetro, un frasco estéril para análisis de orina y una birome con el logo de la empresa. Mi primo el Toto dedujo que la dirección la tuvieron que sacar de la receta que la farmacia entregó a la obra social. Posta.

Tan mala suerte tuvo mi tío Poroto que a los pocos días se resfrió y mi tía Porota lo hizo acostar como siempre, pero esta vez, además del té con miel, llamó al médico. Este le dijo que no era nada, pero le recetó Gripedín Dúo y un antibiótico, Sanaxidal 500.

Para colmo, mi Tío Poroto se puso a leer los prospectos de todos los medicamentos que tomaba y así se enteró de las contraindicaciones, las advertencias, las precauciones, las reacciones adversas, los efectos colaterales y las interacciones medicamentosas. Lo que decían eran cosas terribles. No solo que se podía morir, sino que además podía tener arritmias ventriculares, sangrado anormal, náuseas, hipertensión, insuficiencia renal, parálisis, cólicos abdominales, alteraciones del estado mental y otro montón de cosas espantosas.

Asustadísimo, llamó al médico, quien al verlo le dijo que no tenía que hacer caso de esas cosas porque los laboratorios las ponían por poner.

—Doctor, las empresas que ganan mucha plata no ponen cosas por poner.

—Bueno, las ponen para cubrirse.

—¿Para cubrirse de qué? —preguntó mi tío.

—Para cubrirse por si alguno le hace un juicio.

—Sí, claro, pero para hacerle un juicio, primero le tuvo que pasar algo. Nadie hace un juicio si no le pasa nada. Digo... —dijo mi tío.

—Bueno... mirado así...

—Que es la única forma de mirarlo. Juicio le pueden hacer si al paciente por bajar el colesterol se le revienta el hígado, se le caen los dientes, se queda ciego, impotente, pelado... y después, ya con un poco de suerte, se muere.

—Usted exagera, esas cosas que ponen en los prospectos no pasan casi nunca.

—Casi... A mí no me interesa que le pasen a muchos, con que me pase a mí, alcanza y sobra —dijo mi tío Poroto, muy nervioso, pese a tomar religiosamente el Nervocalm.

—Tranquilo, don Poroto, no se excite —le dijo el médico mientras le hacía una nueva receta con Anti-deprezol Forte Supositorios.

En ese tiempo, cada vez que mi tío cobraba la jubilación, iba a la farmacia, donde ya lo habían nombrado cliente VIP y le ponían alfombra roja, y la cambiaba, íntegra, por remedios. Esto lo hacía poner muy mal, razón por la cual el médico le recetaba nuevos e ingeniosos medicamentos.

Pobre mi tío Poroto, llegó un momento en que las horas del día no le alcanzaban para tomar todas las pastillas por lo cual ya no dormía, pese a las cápsulas para el insomnio que le había recetado.

Tan mal se había puesto que un día, haciéndole caso a los prospectos de los remedios, se murió. Al entierro fueron todos, pero el que más lloraba era el farmacéutico.

Aún hoy, mi tía Porota afirma que menos mal que lo mandó al médico a tiempo porque si no, seguro que se moría antes.



Este cuento se publicó en el suplemento *Cultura BA* del diario *Página/12*.

---

**Si te gustó...**

*El enfermo imaginario*, de Molière; *Un día en las carreras*, dirigida por Sam Wood; *Pequeña enciclopedia de biografías espantosas*, de Santiago Varela; *La familia Cateura*, de Landrú.

*“En la literatura no hay un texto que les gane a todos los demás, como el campeón mundial de tenis les gana a sus rivales. Si son buenos, cada uno tiene su particular encanto, su punto de vista, su reflexión sobre la humanidad”.*

Ana María Shua

## Ana María Shua

Buenos Aires, 1951

---

Escritora argentina. Ha publicado más de 50 libros de cuentos, novelas y microrrelatos. Periodista, publicista y guionista de cine, también escribe literatura infantil. Sus cuentos y microrrelatos figuran en antologías publicadas en todo el mundo. En 1994 ganó la Beca Guggenheim. Obtuvo, entre muchos otros, el Premio del Fondo Nacional de las Artes, el Premio Municipal y recientemente el Konex de Platino en 2014.

# Octavio, el invasor

---

**E**STABA PREPARADO PARA LA VIOLENCIA aterradora de la luz y el sonido, pero no para la presión, la brutal presión de la atmósfera sumada a la gravedad terrestre, ejerciéndose sobre ese cuerpo tan distinto del suyo, cuyas reacciones no había aprendido todavía a controlar. Un cuerpo desconocido en un mundo desconocido. Ahora, cuando después del dolor y de la angustia del pasaje, esperaba encontrar alguna forma de alivio, todo el horror de la situación se le hacía presente.

Solo las penosas sensaciones de la transmigración podían compararse a lo que acababa de pasar, pero después de aquella experiencia había tenido unos meses de descanso, casi podría decirse de convalecencia, en una oscuridad cálida donde los sonidos y la luz llegan muy amortiguados y el líquido en el que

---

**Transmigración**  
*Peregrinación del  
espíritu y alma de un  
cuerpo a otro.*

flotaba atenuaba la gravedad del planeta. Sintió frío, sintió un malestar profundo, se sintió transportado de un lado a otro, sintió que su cuerpo necesitaba desesperadamente oxígeno, pero ¿cómo y dónde obtenerlo? Un alarido se le escapó de la boca, y supo que algo se expandía en su interior, un ingenioso mecanismo automático que le permitiría utilizar el oxígeno del aire para sobrevivir.

—Varón —dijo la partera—. Un varoncito sano y hermoso, señora.

—¿Cómo lo va a llamar? —dijo el obstetra.

—Octavio —contestó la mujer, agotada por el esfuerzo y colmada de esa pura felicidad física que solo puede proporcionar la interrupción brusca del dolor.

Octavio descubrió, como una circunstancia más del horror en el que se encontraba inmerso, que era incapaz de organizar en percepción sus sensaciones: debía haber voces humanas, pero no podía distinguirlas en la masa indiferenciada de sonidos que lo asfixiaba, otra vez se sintió transportado, algo o alguien lo tocaba y movía partes de su cuerpo, la luz lo dañaba. De pronto lo alzaron por el aire para depositarlo sobre algo tibio y blando. Dejó de aullar: desde el interior de ese lugar cálido provenía, amortiguado, el ritmo acompasado, tranquilizador, que había oído



durante su convaleciente espera. El terror disminuyó. Comenzó a sentirse inexplicablemente seguro, en paz. Allí estaba por fin, formando parte de las avanzadas, en este nuevo intento de invasión que, esta vez, no fracasaría. Tenía el deber de sentirse orgulloso, pero el cansancio luchó contra el orgullo hasta vencerlo: sobre el pecho de la hembra terrestre que creía ser su madre se quedó, por primera vez en este mundo, profundamente dormido.

Despertó un tiempo después. Se sentía más lúcido y comprendía que ninguna preparación previa podría haber sido suficiente para responder coherentemente a las brutales exigencias de ese cuerpo que habitaba y que solo ahora, a partir del nacimiento, se imponían en toda su crudeza. Era lógico que la transmigración no se hubiera intentado en especímenes adultos: el brusco cambio de conducta, la repentina torpeza en el manejo de su cuerpo, hubieran sido inmediatamente detectados por el enemigo.

Octavio había aprendido, antes de partir, el idioma que se hablaba en esa zona de la Tierra. O, al menos, sus principales rasgos. Porque recién ahora se daba cuenta de la diferencia entre la adquisición de una lengua en abstracto y su integración con los hechos biológicos y culturales en los que esa lengua

se había constituido. La palabra “cabeza”, por ejemplo, había comenzado a cobrar su verdadero sentido (o, al menos, uno de ellos) cuando la fuerza gigantesca que lo empujara hacia adelante lo había obligado a utilizar esa parte de su cuerpo, que latía aún dolorosamente, como ariete para abrirse paso por un conducto demasiado estrecho.

Recordó que otros como él habían sido destinados a las mismas coordenadas témporo-espaciales. Se preguntó si algunos de sus poderes habrían sobrevivido a la transmigración y si serían capaces de utilizarlos. Consiguió enviar algunas débiles ondas telepáticas que obtuvieron respuesta inmediata: eran nueve y estaban allí, muy cerca de él y, como él, llenos de miedo, de dolor y de pena. Sería necesario esperar antes de empezar a organizarse para proseguir con sus planes. Su cuerpo volvió a agitarse y a temblar incontroladamente y Octavio lanzó un largo aullido al que sus compañeros respondieron: así, en ese lugar desconocido y terrible, lloraron juntos la nostalgia del planeta natal.

Dos enfermeras entraron en la nursery.

—Qué cosa —dijo la más joven—. Se larga a llorar uno y parece que los otros se contagian, enseguida se arma el coro.

—Vamos, apurate que hay que bañarlos a todos y llevarlos a las habitaciones —dijo la otra, que consideraba su trabajo monótono y mal pago y estaba harta de oír siempre los mismos comentarios.

Fue la más joven de las enfermeras la que llevó a Octavio, limpio y cambiado, hasta la habitación donde lo esperaba su madre.

—Toc toc, ¡buenos días, mamita! —dijo la enfermera, que era naturalmente simpática y cariñosa y sabía hacer valer sus cualidades a la hora de ganarse la propina.

Aunque sus sensaciones seguían constituyendo una masa informe y caótica, Octavio ya era capaz de reconocer aquellas que se repetían y supo, entonces, que la mujer lo recibía en sus brazos. Pudo, incluso, desglosar el sonido de su voz de los demás ruidos ambientales. De acuerdo con sus instrucciones, Octavio debía lograr que se lo alimentara artificialmente: era preferible reducir a su mínima expresión el contacto físico con el enemigo.

—Miralo al muy vagoneta, no se quiere prender al pecho.

—Acordate que con Ale al principio pasó lo mismo, hay que tener paciencia. Avisá a la nursery que te lo dejen en la pieza. Si no, te lo llenan de suero glucosado

y cuando lo traen ya no tiene hambre —dijo la abuela de Octavio.

En el sanatorio no aprobaban la práctica del *rooming-in*, que consistía en permitir que los bebés permanecieran con sus madres en lugar de ser remitidos a la nursery después de cada mamada. Hubo un pequeño forcejeo con la jefa de nurses hasta que se comprobó que existía la autorización expresa del pediatra. Octavio no estaba todavía en condiciones de enterarse de estos detalles y solo supo que lo mantenían ahora muy lejos de sus compañeros, de los que le llegaba a veces alguna remota vibración.

Cuando la dolorosa sensación que provenía del interior de su cuerpo se hizo intolerable, Octavio comenzó a gritar otra vez. Fue alzado por el aire hasta ese lugar cálido y mullido del que, a pesar de sus instrucciones, odiaba separarse. Y cuando algo le acarició la mejilla, no pudo evitar que su cabeza girara y sus labios se entreabrieran; desesperado, empezó a buscar frenéticamente alivio para la sensación que le desgarraba las entrañas. Antes de darse cuenta de lo que hacía, Octavio estaba succionando con avidez el pezón de su “madre”. Odiándose a sí mismo, comprendió que toda su voluntad no lograría desprenderlo de la fuente de alivio, el cuerpo mismo

de un ser humano. Las palabras “dulce” y “tibio” que, aprendidas en relación con los órganos que en su mundo organizaban la experiencia, le habían parecido términos simbólicos, se llenaban ahora de significado concreto. Tratando de persuadirse de que esa pequeña concesión en nada afectaría su misión, Octavio volvió a quedarse dormido.

Unos días después, Octavio había logrado, mediante una penosa ejercitación, permanecer despierto algunas horas. Ya podía levantar la cabeza y enfocar durante algunos segundos la mirada, aunque los movimientos de sus apéndices eran todavía totalmente descoordinados. Mamaba regularmente cada tres horas. Reconocía las voces humanas y distinguía las palabras, aunque estaba lejos de haber aprehendido suficientes elementos de la cultura en la que estaba inmerso como para llegar a una comprensión cabal. Esperaba ansiosamente el momento en que sería capaz de una comunicación racional con esa raza inferior a la que debía informar de sus planes de dominio, hacerles sentir su poder. Fue entonces cuando recibió el primer ataque.

Lo esperaba. Ya había intentado comunicarse telepáticamente con él, sin obtener respuesta. Aparentemente el traidor había perdido parte de sus poderes o se negaba a utilizarlos. Como una descarga eléctrica, había sentido

el contacto con esa masa roja de odio en movimiento. Lo llamaban Ale y también Alejandro, chiquito, nene, tesoro. Había formado parte de una de las tantas invasiones que fracasaron, hacía ya dos años, perdiéndose todo contacto con los que intervinieron en ella. Ale era un traidor a su mundo y a su causa: era lógico prever que trataría de librarse de él por cualquier medio.

Mientras la mujer estaba en el baño, Ale se apoyó en el moisés con toda la fuerza de su cuerpecito hasta volcarlo. Octavio fue despedido por el aire y golpeó con fuerza contra el piso aullando de dolor. La mujer corrió hacia la habitación gritando. Ale miraba espantado los magros resultados de su acción, que podía tener, en cambio, terribles consecuencias para su propia persona. Sin hacer caso de él, la mujer alzó a Octavio y lo apretó suavemente contra su pecho canturreando para calmarlo. Avergonzándose de sí mismo, Octavio respiró el olor de la mujer y lloró y lloró hasta lograr que le pusieran el pezón en la boca. Aunque no tenía hambre, mamó con ganas mientras el dolor desaparecía poco a poco. Para no volverse loco, Octavio trató de pensar en el momento en el que por fin llegaría a dominar la palabra, la palabra liberadora, el lenguaje que, fingiendo comunicarlo, serviría en cambio para establecer la necesaria

distancia entre su cuerpo y ese otro en cuyo calor se complacía.

Frustrado en su intento de agresión directa y estrechamente vigilado por la mujer, el traidor tuvo que contentarse con expresar su hostilidad en forma más disimulada, con besos que se transformaban en mordiscos y caricias en las que se hacían sentir las uñas. Sus abrazos le produjeron en dos oportunidades un principio de asfixia. La segunda vez volvió a rescatarlo la intervención de la mujer: Alejandro se había acostado sobre él y con su pecho le aplastaba la boca y la nariz, impidiendo el paso del aire.

De algún modo, Octavio logró sobrevivir. Había aprendido mucho. Cuando entendió que se esperaba de él una respuesta a ciertos gestos, empezó a devolver las sonrisas estirando la boca en una mueca vacía que los humanos festejaban como si estuviera colmada de sentido. La mujer lo sacaba a pasear en el cochecito y él levantaba la cabeza todo lo posible, apoyándose en los antebrazos, para observar el movimiento de las calles. Algo en su mirada debía llamar la atención, porque la gente se detenía para mirarlo y hacer comentarios.

—¡Qué divino! —decían casi todos, y la palabra “divino”, que hacía referencia a una fuerza desconocida y suprema, le parecía a Octavio peligrosamente

reveladora: tal vez se estuviera descuidando en la ocultación de sus poderes.

—¡Qué divino! —insistía la gente.

—¡Cómo levanta la cabecita! —Y cuando Octavio sonreía, añadían complacidos—: ¡Este sí que no tiene problemas! —Octavio conocía ya las costumbres de la casa y la repetición de ciertos hábitos le daba una sensación de seguridad. Los ruidos violentos, en cambio, volvían a sumirlo en un terror descontrolado, retrotrayéndolo al dolor de la transigración. Relegando sus intenciones ascéticas, Octavio no temía ya a entregarse a los placeres animales que le proponía su nuevo cuerpo. Le gustaba que lo introdujeran en agua tibia, que lo cambiaran, dejando al aire las zonas de su piel escaldadas por la orina, le gustaba más que nada el contacto con la piel de la mujer. Poco a poco se hacía dueño de sus movimientos. Pero a pesar de sus esfuerzos por mantenerla viva, la feroz energía destructiva con la que había llegado a este mundo iba atenuándose junto con los recuerdos del planeta de origen.

Octavio se preguntaba si subsistían en toda su fuerza los poderes con que debía iniciar la conquista y que todavía no había llegado el momento de probar. Ale, era evidente, ya no los tenía: desde allí, y



a causa de su traición, debían haberlo despojado de ellos. En varias oportunidades se encontró por la calle con otros invasores y se alegró de comprobar que aún eran capaces de responder a sus ondas telepáticas. No siempre, sin embargo, obtenía contestación, y una tarde de sol se encontró con un bebé de mayor tamaño, de sexo femenino, que rechazó con fuerza su aproximación mental.

En la casa había también un hombre, pero afortunadamente Octavio no se sentía físicamente atraído hacia él, como le sucedía con la mujer. El hombre permanecía menos tiempo en la casa y aunque lo sostenía frecuentemente en sus brazos, Octavio percibía un halo de hostilidad que emanaba de él y que por momentos se le hacía intolerable. Entonces lloraba con fuerza hasta que la mujer iba a buscarlo, enojada.

—¡Cómo puede ser que a esta altura todavía no sepas tener a un bebe en brazos!

Un día, cuando Octavio ya había logrado darse vuelta boca arriba a voluntad y asir algunos objetos con las manos torpemente, él y el hombre quedaron solos en la casa por primera vez, el hombre quiso cambiarlo, y Octavio consiguió emitir en el momento preciso un chorro de orina que mojó la cara de su padre.

El hombre trabajaba en una especie de depósito donde se almacenaban en grandes cantidades los papeles que los humanos utilizaban como medio de intercambio. Octavio comprobó que estos papeles eran también motivo de discusión entre el hombre y la mujer y, sin saber muy bien de qué se trataba, tomó el partido de ella. Ya había decidido que, cuando se completaran los planes de invasión, la mujer, que tanto y tan estrechamente había colaborado con el invasor, merecería gozar de algún tipo de privilegio. No habría, en cambio, perdón para los traidores. A Octavio comenzaba a molestarle que la mujer alzara en brazos o alimentara a Alejandro y hubiera querido prevenirla contra él: un traidor es siempre peligroso, aun para el enemigo que lo ha aceptado entre sus huestes.

El pediatra estaba muy satisfecho con los progresos de Octavio, que había engordado y crecido razonablemente y ya podía permanecer unos segundos sentado sin apoyo.

—¿Viste qué mirada tiene? A veces me parece que entiende todo —decía la mujer, que tenía mucha confianza con el médico y lo tuteaba.

—Estos bichos entienden más de lo que uno se imagina —contestaba el doctor, riendo. Y Octavio devolvía una sonrisa que ya no era solo una mueca vacía.

Mamá destetó a Octavio a los siete meses y medio. Aunque ya tenía dos dientes y podía mascullar unas pocas sílabas sin sentido para los demás, Octavio seguía usando cada vez con más oportunidad y precisión su recurso preferido: el llanto. El destete no fue fácil porque el bebé parecía rechazar la comida sólida y no mostraba entusiasmo por el biberón. Octavio sabía que debía sentirse satisfecho de que un objeto de metal cargado de comida o una tetina de goma se interpusieran entre su cuerpo y el de la mujer, pero no encontraba en su interior ninguna fuente de alegría. Ahora podía permanecer mucho tiempo sentado y arrastrarse por el piso: pronto llegaría el gran momento en que lograría pronunciar su primera palabra, y se contentaba con soñar en el brusco viraje que se produciría entonces en sus relaciones con los humanos. Sin embargo, sus planes se le aparecían confusos, lejanos, y a veces su vida anterior le resultaba tan difícil de recordar como un sueño.

Aunque la presencia de la mujer no le era ahora imprescindible, ya que su alimentación no dependía de ella, su ausencia se le hacía cada vez más intolerable. Verla desaparecer detrás de una puerta sin saber cuándo volvería le provocaba un dolor casi físico que se expresaba en gritos agudos. A veces ella jugaba a

las escondidas, tapándose la cara con un trapo y gritando, absurdamente: “¡No tá mamá, no tá!”. Se destapaba después y volvía a gritar: “¡Acá tá mamá!”. Octavio disimulaba con risas la angustia que le provocaba la desaparición de ese rostro que sabía, sin embargo, tan próximo.

Inesperadamente, al mismo tiempo que adquiría mayor dominio sobre su cuerpo, Octavio comenzó a padecer una secuela psíquica del Gran Viaje: los rostros humanos desconocidos lo asustaban. Trató de racionalizar su terror diciéndose que cada persona nueva que veía podía ser un enemigo al tanto de sus planes. Ese temor a los desconocidos produjo un cambio en sus relaciones con su familia terrestre. Ya no sentía la vieja y tranquilizadora mezcla de odio y desprecio por el Traidor, que a su vez parecía percibir la diferencia y lo besaba o lo acariciaba a veces sin utilizar sus muestras de cariño para un ataque. Octavio no quería confesarse hasta qué punto lo comprendía ahora, qué próximo se sentía a él. Cuando la mujer, que había empezado a trabajar fuera de la casa, salía por algunas horas dejándolos al cuidado de otra persona, Ale y Octavio se sentían extrañamente solidarios en su pena. Octavio había llegado al extremo de aceptar con placer que el hombre lo tuviera en sus

brazos, pronunciando extraños sonidos que no pertenecían a ningún idioma terrestre, como si buscara algún lenguaje que pudiera aproximarlos.

Y por fin, llegó la palabra. La primera palabra la utilizó con éxito para llamar a su lado a la mujer que estaba en la cocina, Octavio había dicho “Mamá” y ya era para entonces completamente humano, una vez más, la milenaria, la infinita invasión, había fracasado.



Este cuento se publicó en *Como una buena madre*.

---

**Si te gustó...**

*El sentido de la vida*, dirigida por Terry Jones; *Como una buena madre*, de Ana María Shua; *Fase 7*, dirigida por Nicolás Goldbart; *Zelig*, dirigida por Woody Allen.

*“Las cosas se fueron dando  
solas y de a poco. Un día me  
encontré con que escribir  
era mi profesión. Y me  
gusta mucho. Pero como soy  
levemente claustrofóbica,  
prefiero pensar que todavía  
estoy a tiempo de cambiarla”.*

Ema Wolf

## Ema Wolf

Carapachay, 1948

---

Escritora de cuentos infantiles y novelista argentina. Es licenciada en Lenguas y Literaturas Modernas por la Universidad de Buenos Aires. Sus obras se caracterizan por el humor y por un estilo paródico. Escribe libros infantiles, aunque también tiene publicados libros para adultos. Su trabajo ha sido ampliamente reconocido. Ganó el Premio Nacional de Literatura Infantil en 1994, el Konex al mérito en 1994 y 2004 y el Premio Alfaguara de Novela en 2005, España.

# Carta a Chichita

---

*26 de abril, donde esté ahora.*

**C**HICHITA MÍA:

Aquí me tenés, orbitando, como siempre. Si he de serte sincero no hay mucho más por hacer en el transbordador. Yo orbito, los otros seis que están conmigo orbitan, todos juntos orbitamos. Las ostras también. Día y noche orbitamos.

Tendrías que ver la Tierra desde acá, lo chica que parece. Contesto a tu pregunta: no, no alcanzo a ver Olavarría y menos la puerta de tu casa, pero me imagino que quedó mucho mejor así, barnizada. Hicieron bien en sacarle la pintura vieja y darle barniz. Le hacía falta. La veré cuando vuelva.

No duermo bien porque cuando me acuesto la cabeza y los brazos me flotan. En la mitad de la noche la almohada se suelta y flota. Es una desgracia

tener que levantarse a buscarla cuando uno tiene tanto sueño. Sobre todo porque apenas me desato yo también floto. Así andamos, yo que manoteo la almohada y la almohada que se escapa. ¡No peso, Chichi! ¿Podés creer que no peso? Acá nadie pesa, ¡ni las ostras! Y mirá que son animales livianos. (Ahí pasa un meteorito. Hay muchos. El asunto es esquivarlos). Bueno, esto del peso ya te lo conté en la carta anterior, creo. No quiero aburrirte. Ahora te cuento algo mucho más raro. Es lo que me tiene peor:

Aquí las noches son tan cortas que no alcanzan para dormir.

Porque una cosa que no nos dijeron antes de despegar fue que cuando uno orbita, así como estamos haciendo nosotros, ve dieciséis amaneceres y atardeceres por día: uno cada noventa minutos. Amanece, y a la hora y media atardece. Amanece y atardece. Todo el tiempo. Así que cuando te digo “por día”, me refiero a los días de ustedes: nosotros aquí tenemos muchos más. Y muchas más noches. ¿Te acordás de mi pesadilla de los leones en el armario? La tengo muchas más veces también. Ayer fue hace un ratito nomas, mañana va a ser enseguida. No termino de despabilarme. A la noche nos



saludamos “hasta mañana”, pero es medio al cuate, ¿entendés?

Eso pasa porque estamos dando vueltas muy lejos y a mucha velocidad. Estamos yirando a casi mil kilómetros de la Tierra y a veintiocho mil kilómetros por hora. Nos dicen que por eso tenemos el reloj biológico confundido. Bingo. Yo creo que cualquier reloj se confunde con una cosa así.

Willy, el cocinero, tiene problemas con los porotos por este asunto. Willy dice que la receta dice que hay que ponerlos en remojo la noche anterior y hervirlos por la mañana, pero hay tan poco tiempo entre la noche y la mañana que siempre los comemos duros. El pobre está preocupado y desde la base todavía no le contestan qué hacer en la emergencia. Se ve que esto no lo tenían previsto. O están durmiendo allá abajo.

De paso contesto tu otra pregunta: las ostras que traemos no son para comer, nosotros no comemos tan fino, son para estudiarlas. Ellos quieren averiguar algo sobre las ostras que orbitan: cómo se sienten, qué piensan o algo así. La verdad, no me imagino qué tiene de interesante eso. No es asunto mío. Me parece que se van a llevar una sorpresa con

ellas. Willy se ocupa de alimentarlas, pero las pobres ya hace días que no abren las valvas cuando les lleva comida. No sabemos si están muertas o har-tas. La cuestión es que tanto amanecer y atardecer hace que uno les pierda el gusto. Los mirás desde la ventanilla y pensás: otra vez sopa. No digo que sean feos, digo que son demasiados. Y todos iguales. Ya los ves como si lloviera. Lo que quiero decirte es que ningún atardecer es como aquel, Chichi, te lo juro. Aquel atardecer en Olavarría, cuando vos y yo nos conocimos. Cuando nos cruzamos por casualidad en el puesto del finado Lorenzo el día que le llevaste el pollo a la viuda. (A propósito, ¿cómo está doña Rita?). No me acuerdo qué color tenía el cielo porque ni lo miré. Te miré a vos. Pero debió estar muy lindo. Había olor a fogata, habían estado quemando pasto. (¡Acá ni se te ocurra hacer fuego!). Y a Lorenzo le había nacido un ternero rubio, ¿te acordás?, su ternero póstumo habrá sido.

Ese atardecer no se repite, Chichi, ese fue único, no como los de acá. Los cambio todos, todos estos, por un ratito de aquel. ¿Vos te das cuenta? ¡Quién iba a imaginar entonces que un día iba a escribirte desde la órbita!

Bueno, si nos bajan el jueves como nos prometieron, calculo que el domingo a la noche estoy por allá. Avisale a la vieja que me tenga listo el catre. Espérenme con todos los brazos abiertos. Un beso de tu

José



Este cuento se publicó en *Nabuco*, etc.

---

**Si te gustó...**

*Jinetes del espacio*, dirigida por Clint Eastwood; *Perros complicados*, de Ema Wolf; *S.O.S. hay un loco en el espacio*, dirigida por Mel Brooks; *El rey que no quería bañarse*, de Ema Wolf.

*“Creo que en nuestra  
sociedad hay demasiado  
de psicoanálisis y  
psicología. Pero a mí no  
me agarran más”.*

Marcelo Mazzarello

## Marcelo Mazzarello

Buenos Aires, 1965

---

Actor de cine, teatro y televisión. En cine protagonizó *La suerte está echada* de Sebastián Borensztein y *Felicidades* de Lucho Benders, entre otros títulos. En televisión interpretó personajes memorables que van desde Coco en *Naranja y media* (Martín Fierro Revelación) a Discapolín en *Historia clínica*. Actualmente participa en *Viudas e hijos de R&R*. En 2014 estrenó el show de su autoría *Mazzarello no chilla. Desopilante!*

# ¡Gracias viejos!

---

**P**OR MANDARME A LOS SIETE AÑOS AL PSICOANalista me evitaron la ingrata situación de tener que ofrecerle dinero a alguien para que me escuche. El hecho de haber ido en contra de mi voluntad me daba la impunidad necesaria para derrochar largas sesiones sin dirigirle una palabra a ese sujeto que eligieron para que sea mi amigo sin consultarme. Ese sujeto pretendía que le contara mis secretos, que si bien a esa altura no eran muchos, habían llamado la atención del entorno familiar: ¿por qué hacía la vertical desde las 5 a las 7:30 a.m.?, ¿por qué estaba convencido de que debajo de la cama había gente esperando que bajara yo un pie para tomarlo y arrastrarme hasta la entrañas de la tierra?, ¿de dónde venía esa afición por darle sepultura a las palomas (siempre y cuando estuvieran muertas)?

En definitiva, cosas de chicos.

Pero el psicodiagnóstico fue lapidario. “El chico es un emergente”. ¿De qué?

Una señora con el pelo batido y un enorme lunar que asomaba por encima de su boca me miró largamente a través de una lupa. Yo también la miraba a través de la lupa y empecé a ver su lunar como un cascarudo. La imagen conmocionó mi imaginación. Era la perfecta imagen de una bruja. Ella fue la que me condenó a cinco años de conversaciones con un desconocido. El otrora llamado verdugo, hoy psicoanalista.

Con los objetivos de:

Curar el asma de claro origen psicossomático, reencauzar los desórdenes conductuales provenientes de practicar la vertical a deshoras y reinsertar al reo en una sociedad moderna y psicoanalítica que desea erradicar de cuajo las oscuras prácticas de la sepultura colombófila tan cercana al oscurantismo umbanda.

Queda usted notificado.

De entrada y al ver que la conversación no era mi fuerte, el psicoanalista hizo su primera jugada. Intentó sobornarme comprando una canasta con autos, pinturitas y juegos varios. De inmediato supe algo de mí que hasta ese momento ignoraba. Yo era fácil de sobornar. La terapia empezaba a surtir efecto. Entre juego y juego, él hablaba y yo concedía algunas respuestas.

Él siempre usaba una estrategia; cuando me veía concentrado en un juego como el de desarmar un autito, el cretino se ponía a interpretarlo: que de quién era ese autito, que a quién le sacaba las rueditas, a lo que yo contesté: “Me gustaría saber cuál es su autito para cortarle los frenitos”.

Parece que este tipo de respuesta solo logró complicar las cosas. Al poco tiempo, la familia completa se vio involucrada en la “terapia”.

Por lo general, esta terapia familiar se desarrollaba con el emergente en el medio, aferrado a su canastita y respirando con dificultad.

Mi querido viejo, un tano labrador, tuvo que soportar del terapeuta frases como: “Usted es el tuco y ellos son los fideos”.

¿Qué tiene de malo ser tuco? ¿Qué tiene de malo ser fideo? Existen tres instituciones sagradas para los que somos de ascendencia italiana. Los fideos, el tuco y la familia. Este tipo ya había blasfemado contra las tres. Todo porque mis viejos tuvieron la osadía de cargarse una familia al hombro en tiempos en los que el único patriarcado bien visto era el de Freud.

Los años fueron pasando, pero el rencor se quedó para hacerme compañía. Acumulé bronca hasta los doce años y cuando creí que mi fuerza física se había

desarrollado lo suficiente como para enfrentarlo, atacué al terapeuta poniéndole la canasta de sombrero. Lejos de amilanarse, contraatacó tirándome como proyectiles mis autitos rellenos de plastilina. Fue peor. Nos trabamos en lucha cuerpo a cuerpo. Mis viejos y mis hermanos miraban azorados, sin saber muy bien qué hacer, mientras el psicoanalista entre golpes y objetos que volaban por el lugar decía: “¿Ustedes ven lo bien que está? ¿Cómo expresa sus sentimientos? Justo yo le estaba gritando: “Te voy a mataaaaar” como un energúmeno.

Pues bien, inexplicablemente para todos, ese día me dieron el alta.

Pasaron muchos pero muchos años para que por circunstancias inexplicables quedara yo inmerso en una terapia llamada Laboratorio Gestalt. Un grupo de gente que yo conocía quería hacerlo, pero yo ya había tenido suficiente. Insistieron y para que no me dijeran retrógrado, lo hice. ¿Para qué? Pasé un fin de semana viendo gente zamarreando un almohadón al que llamaban papá o mamá y le reclamaban por no haberle comprado esos botines o muñecas que tanto querían. Salí eyectado.

Ese fue mi último contacto con Freud.

Pero hace un año, caminando por Palermo, me crucé con aquel psicoanalista. Gozaba de buena salud.



Él, porque yo estaba con asma, mirando una palomita muerta y con unas ganas enormes de organizarle un funeral.

Nos miramos con desconfianza sin saber si trenzarnos en lucha o preguntarnos por la familia.

Cruzamos algunas palabras que no logro recordar y siguió su camino.

Yo me quedé pensando que si no hubiera reaccionado a tiempo aquella vez, este sujeto con sus cuestionamientos freudianos habría hecho peligrar uno de los momentos en los que más cerca estoy de la salud mental: cuando como fideos con tuco en la casa de mis viejos.



Este cuento se publicó en la revista *La Mujer de mi Vida* número 35.

---

**Si te gustó...**

*La suerte está echada*, dirigida por Sebastián Borensztein;  
*Felicidades*, dirigida por Lucho Benders; *Por culpa del Doctor Moreau*, de Fernando Sorrentino; *Sesiones extraordinarias desde el diván*, de Jorge Guinzburg.

*“No envidio nada de nadie”.*

Fabián Casas

## Fabián Casas

Buenos Aires, 1965

---

Poeta, narrador, ensayista y periodista, es una de las figuras destacadas de la llamada generación del 90 en la Argentina. Trabajó como periodista en *Clarín*, *Olé* y *El Gráfico*. Participó en la revista de poesía *18 Whiskys*. Su lenguaje es barrial, muy pegado a los objetos y poco pretencioso. Prefiere para sus personajes a aquellos que salen al costado de las fotos, ni héroes ni antihéroes. En 2014 obtuvo el Diploma al Mérito de los Premios Konex en Poesía: Quinquenio 2009-2013.

# Cuatro fantásticos

---

**H**UBO ALGUIEN ANTES PERO YO NO LO CONOCÍ. Aunque muchos me dicen que tengo algo de su carácter y de su boca. Esas cosas. A mí no me preocupa parecerme a alguien. Hay tantas caras en el mundo que uno, tarde o temprano, termina siendo otro. Yo quisiera hablar acá de los que conocí. Ellos dejaron sus huellas en mi vida y pienso que una forma de retribuirles que me hayan pisado es contar quiénes eran, lo que me enseñaron. Esas cosas.

Para esa época mamá trabajaba en la fábrica de corpiños Peter Pan. Un nombre glorioso. No sé si todavía sigue funcionando. Mamá, por lo que me cuentan todos, era una mujer despampanante, parecía una vedette. Piernas, culo, caderas. Vivíamos en un departamentito del barrio de Once, muy chiquito, yo pensaba que era como el caño de Hijitus: el dormitorio de mamá, el living donde yo dormía en un sofá cama y

una *kitchenette* empotrada en la pared. Eso era todo. Mamá tenía ropa tirada por todas partes. Y cosméticos y revistas que se traía de la peluquería de su amiga. Mi madre era una gran lectora. A veces, cuando ella iba a bailar, yo me quedaba con la peluquera, una paraguaya que me hablaba de sus hijos quienes, decía, tenían casi mi misma edad y estaban con su padre en Asunción. Yo no asociaba Asunción con un lugar físico, más bien me parecía un verbo.

En mi memoria, el primero de todos fue Carmelo. Petiso, musculoso, ex boxeador. Mamá me lo presentó una noche cuando la pasó a buscar para salir. Yo estaba mirando algo en la tele muy chiquita, diminuta, que la peluquera nos había traído de Ciudad del Este. ¿Ven? Ciudad del Este sí me parecía un lugar.

Carmelo se me acercó y me estrechó la mano. Pensé que me iba a besar, porque yo era un niñín y la gente, por lo general, cuando me conocía, me besaba. Pero él me dio su mano, callosa, grande como un teléfono. Ese gesto me gustó. A partir de aquella noche, Carmelo empezó a venir seguido a casa y cuando pasaba a buscar a mamá se quedaba cada vez más tiempo conmigo, charlando de las hazañas de su época de boxeador. Y un día de campo, a la luz del sol, sucedió una cosa increíble: la piel de Carmelo, al aire libre, tenía el color

de la cinta scotch. Quiero que esto quede bien claro. No era como si estuviera recubierto de cinta, como una momia; tenía el color y la consistencia de la cinta scotch. Así que lo bauticé –para mis adentros– Carmelo Scotch. Debe haberse visto extraordinario, casi desnudo, bajo las luces del ring.

Cuando empecé a sufrir de los bronquios, mamá me tuvo que llevar a un hospital para que me curaran. Me hacían inhalaciones, me daban pichicatas, me decían que tenía que tomar sol. Carmelo se preocupó mucho por mi salud y le dijo a mi mamá que yo tenía que hacer ejercicios, correr, saltar. Esas cosas. Entonces se apareció en equipo de gimnasia y me explicó que tenía un plan para volverme un atleta. Extendió sobre la pequeña mesa de fórmica naranja del living un mapa con las etapas de ejercicios que él creía que me iban a cambiar el físico. Empezamos a practicar por las mañanas, en el gimnasio donde trabajaba Carmelo. Abdominales, carrera en velocidad, cintura, cinta. Era grandioso. Él se paraba a mi lado mientras yo la sudaba y me gritaba: “Vamos, más fuerte, ¡téngale bronca al cuerpo!, ¡bronca, bronca!”. Después nos duchábamos juntos. Una vez me contó, mientras nos secábamos, que la alegría más grande de su vida la tuvo cuando le tocó pelear como semifondo de Nicolino Locce. “No sabés lo que era pisar

el ring del Luna repleto... solamente vos iluminado y todos mirándote... las lucecitas rojas de los puchitos en la negrura de las tribunas...”. Fue empate.

Y aún llevo en mis oídos el grito de guerra de Carmelo Scotch: “¡Téngale bronca al cuerpo!”.

Una tarde, mamá me dijo que lo había dado de baja. Tuvo que pasar una semana de hostigamiento para que me dijera por qué. ¡Le había levantado la mano! Mamá era inflexible. Y para elegir a sus novios, una verdadera renacentista. Pasó del deporte al arte. ¡Y al segundo candidato lo capturó delante de mis narices! El profesor Locasso había llegado al colegio para cubrir una suplencia y, sin lugar a dudas, para cobrar lo que pudiera cobrar sin hacer prácticamente nada. Llegaba, ponía sobre el escritorio un paquete de facturas o de merengues –yo iba al cole de mañana– y mientras cruzaba sus pies sobre una silla empezaba a engullir sin parar. Nos decía que teníamos que pintar lo que se nos ocurriera. En la hora de Locasso nos podíamos rascar el higo sin problemas. Así que agarrábamos hojas y dibujábamos cualquier cosa. Cuando se las llevábamos para que les echara una mirada, mientras masticaba y dejaba de leer el diario, miraba nuestro dibujo y nos decía su célebre muletilla: “Más color, alumno, más color”. Aunque la hoja estuviera untada de témpera

como un pastel de panadería, él repetía “más color, alumno, más color”. Estaba bueno. Nos hacía reír. Por supuesto, para nosotros su nombre cambió de profesor Locasso al de profesor Más Color. E imagínense mi sorpresa la noche en que lo vi sin su guardapolvo, con un traje oscuro que le quedaba un poco grande, y con una botella de vino en la mano en el umbral de la puerta de mi casa. El profesor Más Color era un hombre de unos cuarenta años, con una herradura de pelo blanco que le bordeaba la nuca y que siempre estaba demasiado larga, descuidada. La frente le brillaba como una bola de billar. De cuerpo atlético, cuando caminaba por el patio del colegio, lo hacía a zancadas.

Según pude reconstruir mucho después, Más Color había entablado relación con mi mamá en el acto del 9 de Julio, en el cual di dos pasos adelante y recité un poema alusivo. El colegio se venía abajo de gente y la noche anterior yo había estado muy nervioso. Tenía miedo de que en el momento de recitar el poema se me apareciera en la cabeza la laguna de Chascomús. Pero fue glorioso. Verso a verso, demostré que tenía talento para recitar poemas y durante toda esa semana patria mis compañeros y mis maestros no pararon de elogiar mi *performance*. Pero volvamos al idilio de mi madre. De más está decir que fue la comidilla del

colegio. Todos mis compañeros sabían que mi mamá salía con Más Color. A veces, en los recreos, algunos se animaban a preguntarme si eso me molestaba. Yo les repreguntaba: “¿Que ustedes sepan o que ellos salgan?”. Silencio. Otros compañeros que trataban de ser más comprensivos conmigo me decían que me habría convenido más que mi mamá saliera con el profesor de matemáticas –materia difícilísima– que con el de dibujo. Tenían razón. No puedo negar que yo ya había hecho ese razonamiento.

El romance de mi mamá con Más Color duró casi dos años. Cuando ellos terminaron la relación, yo entraba en quinto. A diferencia de Carmelo Scotch, mi vínculo con Más Color fue relajado. El tipo se quedaba a dormir en casa dos veces por semana y a veces salíamos los tres a dar un paseo. Solo una vez salimos él y yo. Me llevó a ver una exposición de Salvador Dalí, pintor al que él admiraba. Le gustaban esas cosas retorcidas. Relojes doblados, crucifijos espaciales. Esa tarde, en un café, tuvimos el siguiente diálogo:

— ¿Te molestaría que yo pase más tiempo en tu casa?  
— me preguntó.

— No —le dije después de pensarlo un momento.

— Me parece que sería bueno que hubiera un hombre en la casa y yo estoy pensando en casarme con tu



mamá. Todavía no se lo propuse porque primero quería saber tu opinión.

—El único problema es que la casa es muy chiquita —opiné.

—Si vos y tu mamá están de acuerdo, podríamos mudarnos a otro lugar. Con patio. ¿Te gustaría tener un patio para jugar?

—Sí —le dije después de pensarlo un momento.

Más Color pareció satisfecho con mi contestación. Nos estrechamos la mano y me llevó a viajar por el subte. Me mostró todas las combinaciones posibles y los diferentes modelos de trenes que existían. Cuando llegamos, tarde, a casa, se encerró con mi mamá a charlar en el dormitorio. Me pareció que discutían. Yo me puse el pijama, me lavé los dientes y me acosté a dormir. Me desperté a mitad de la noche y me pareció, todavía más nítido, que estaban discutiendo. La semana siguiente Más Color no se quedó a dormir ni una hora y si bien llamaba por teléfono y hablaba con mamá, yo empecé a presentir que algo andaba con mal color. Traté de recordar la charla que habíamos tenido para ver en qué se le podría haber complicado la cancha. Y saqué las siguientes conclusiones: a mi mamá, sin dudas, le convenía tener un hombre en casa. Es más, ella siempre estaba diciéndole a la peluquera paraguaya que deseaba

encontrar un sustituto de padre para mí. Lo cual a mí me parecía razonable. Yo envidiaba, cuando iba a las casas de mis amigos, cómo ellos podían sentirse seguros y exhibir a sus padres. Así que por el lado del casamiento no debería haber habido problemas. Creo que el conflicto estuvo en la posibilidad de mudarse. Por algún motivo recóndito que a mí me costaba y aún me cuesta entender, mi mamá amaba la pocilga de plaza Once o The Eleven Park, como ella le decía. Algo en la casa tocaba su fibra más íntima y contra esas cosas es imposible marchar.

Una tarde de invierno, mientras mamá se hacía la toca, me comunicó que Más Color había entrado en la inmortalidad. Ahora pienso que mi infancia estuvo separada por tandas en las cuales mi madre me informaba las bajas de sus noviazgos. Yo seguí viendo a Más Color durante tres años –quinto, sexto y séptimo– pero, salvo saludos incómodos cuando nos encontrábamos de frente en el patio del colegio, nos evitábamos. Aunque, es justo decirlo, gracias a él conozco a la perfección la línea de subterráneos que cruza la ciudad. Jamás podría perderme.

Más Color ya era historia cuando me anoté en el ateneo de la iglesia de San Antonio para jugar a la pelota todas las tardes. Los curas te atrapaban con una

cancha extraordinaria y, a cambio, te pedían que tomaras la comunión. Así que fui derecho a catequesis y terminé como monaguillo en un par de misas. Una tarde mamá me pasó a buscar y me dijo que la esperaba porque quería confesarse. Me pareció raro ese gesto viniendo de ella. Pero es verdad que para ese entonces se pasaba mucho tiempo en la cama, como si algo le hubiera roto el ánimo. El padre Manuel la escuchó en silencio, en el confesionario. Mamá empezó a venir tarde de por medio para confesarse o para caminar charlando con el padre Manuel. Me dijo que el cura –que era muy joven– lograba darle ánimos para vivir. “Mamá, ¿por qué no querés vivir?”, le pregunté. “No es que no quiera vivir, es que no tengo ánimos”, me contestó.

Una noche, en que me había quedado más de la cuenta en la casa de un amigo, me sorprendí viendo salir al padre Manuel de mi edificio. Lo que más me sorprendió fue que estaba vestido como un hombre cualquiera. Él no me vio, pero yo lo vi clarísimo porque estaba en la vereda de enfrente. No dije ni mu. Cuando entré a casa, mamá estaba con los ojos rojos, como si hubiera estado llorando. Al otro día se la pasó encerrada en su pieza con la peluquera paraguaya. Cuando abrían la puerta porque necesitaban

ir al baño o a buscar algo a la cocina, salía un olor espantoso a cigarrillos. Creo que por eso yo no fumé nunca.

Decidí hablar con el padre Manuel después de que me encontré a mamá sentada en el livincito, con unas ojeras inmensas. Parecía que había estado sentada ahí desde su pubertad. “Todos los aparatos de la casa decidieron suicidarse”, me dijo con una voz muy ronca apenas me vio. No andaban la heladerita ni el televisor y el calefón hacía un ruido horrible cuando abríamos la canilla de agua caliente.

El padre Manuel estaba leyendo en su cuarto, me dijeron. Le dije a la monjita que lo necesitaba urgente. Al rato lo vi venir por el corredor de la escuela. Esta vez tenía su sotana negra e impecable. Me acarició la cabeza y salimos a caminar por la cancha de fútbol que a esa hora –las dos de la tarde– estaba vacía. Era un día primaveral.

—Padre, no sé qué le pasa a mi mamá —le dije. Sentí que la voz me salía del pecho.

—Hijo —me dijo, a pesar de que era muy joven—. ¿Sabés cuál fue el calvario de nuestro señor Jesucristo?

—¿Todo el asunto de los romanos y las espinas en la cabeza y la traición de Judas?

—Exactamente. Quiero que pienses mucho en esa parte de la historia de nuestro Señor. Porque muchas veces en la vida, los adultos tenemos que hacer grandes sacrificios. ¿Entendés?

No le entendía ni jota. Pero asentí. Me estaba dando un pesto bárbaro.

—Tu madre es una mujer ejemplar. Quiero que esto te quede bien claro. Y la mayoría de las veces las personas muy íntegras sufren demasiado. Ahora vamos a ir a la iglesia y nos vamos a arrodillar para rezar por ella.

Y así fue. Rezamos en silencio. Para ser sincero, yo no recé. Mi cabeza saltaba de una imagen a otra como si fuera un videojuego. Lo veía al padre Manuel con sotana, después lo veía en ropa sport, como lo vi cuando salía de mi edificio, después me lo imaginaba en calzoncillos, después jugando al fútbol... Al final me dio la mano y me dijo que me fuera tranquilo, que el Señor sabe lo que hace.

Lo cierto es que mamá no volvió a la iglesia y a los pocos meses lo trasladaron al padre Manuel a un convento en Córdoba. El Señor no se equivocaba porque mamá empezó a andar mejor y finalmente salió de esa melancolía en la que estaba hundida. Arreglamos el televisor, arreglamos la heladerita y sacamos el calefón y pusimos un termotanque.

Pasó casi toda mi secundaria sin que mi mamá trajera otro novio a casa.

Y justo cuando me estaba preparando para entrar en la universidad, llegó el último y quizá el más importante para mí. Se llamaba Rolando, trabajaba poniendo antenas, en las alturas, y fue clave porque él me habló por primera vez de mi padre. Porque él estaba obsesionado con el tipo que fue mi padre.

Mamá lo conoció en un grupo que se reunía los domingos en el Hospital Pena. Era un grupo de ayuda psicológica para poder superar la tristeza de los domingos. No era que mi mamá se pusiera mala los domingos, fue acompañando a la peluquera paraguaya que los domingos a eso de las siete, invariablemente, se quería matar. Rolando estaba yendo porque era de un equipo de fútbol que se había ido a la B y por eso sufría los domingos sin partidos. Según mamá, fue un flechazo fulminante. Rolando tenía rulos, un corte tipo Príncipe Valiente y la voz ronca. Me cayó bien enseguida. Y más cuando me enteré que se la pasaba en los techos de los edificios arreglando y poniendo antenas.

Me encanta la gente que se cuelga de los techos, me encanta saltar por los techos de las casas.

Así que rápidamente –yo tenía 17 años– me le pegué como acompañante en su trabajo. Era superior. En el

verano, subíamos a las cimas con una heladerita de telgopor donde poníamos seis latitas de cerveza. A veces, si no habíamos comido, nos llevábamos en un táper queso y dulce. Después de arreglar las antenas nos sentábamos a, como él decía, chamuyar. Rolando estaba obsesionado con la vida que llevaban algunas personas. “Fijate esos tipos que andan por el mundo jugando en el equipo que les hace de sparring a los Globetrotters. Eso es espantoso. Recorrer el mundo poniendo la cara para que esos negros guachopijas te hagan hacer el ridículo. Hay destinos espantosos ¿no?”. Y siempre, después de las cervezas, me hablaba de mi viejo: “Yo no sé cómo tu mamá le pudo creer a ese imbécil todo lo que le decía. ¿Vos sabés que tu viejo andaba metido en la guerrilla y que prefirió eso a tener una familia, cuidarte a vos, verte crecer...? ¡Y tu mamá lo creía un tipo grosso, inteligente! ¿En serio nunca viste ni una foto suya?”.

Una tarde, mientras veíamos caer el sol desde los techos de un edificio altísimo, me dijo: “Vos sabés que yo ahora te quiero mucho”. “Sí, lo sé”, le dije y sentí que se me ponía la piel de gallina. “Pero antes no podía ni verte porque pensaba que eras un polvo de tu viejo hecho carne”. No le contesté nada porque me quedé pensando en su expresión, y me acordé de cuando el padre Manuel decía que Cristo era Dios hecho carne.

Rolando se bajó todas las cervezas y al rato dijo: “A esta hora en Italia la llaman el Pomeriggio, ¿sabés por qué?”. No dije ni mu. “Porque pomeriggio significa tomate, ¿ves el color que tiene el cielo?”. Qué capo. El cielo estaba rojísimo. Agregó: “¿Ves?, desde acá podemos ver toda la ciudad, ¿no es fantástico? La mayoría de la gente no sabe que estamos acá arriba, mirándolos. Somos como dioses”.

A veces, antes de clavar una antena contra el techo, la levantaba con una sola mano y gritaba: “¡Ya tengo el poder!”. Y nos matábamos de risa. Otras veces se ponía melancólico y me decía: “Jurame que si vuelve tu viejo vos no te vas a dejar engrupir por él”. “¿De dónde va a volver, Rolando?”, le preguntaba. “¡Qué sé yo, de la loma del orto!”, me largaba.

Pasó el tiempo y me sortearon para la colimba. Me tocó tierra y tuve que bajar de las cimas. Pasé un año en el infierno como asistente de un milico. En algún momento de ese año, mi mamá y Rolando rompieron. Ella me lo comunicó en una carta. Cuando volví a casa, conseguí trabajo arreglando antenas. A Rolando nunca lo volví a ver, pero supe de él por un portero de un edificio. Me dijo que le había agarrado vértigo y que por eso dejó de trabajar en las cimas. A mí eso me sonó a ciencia ficción.



A veces, cuando estoy en las alturas, con mi vianda, me doy cuenta de lo increíble que fue que me dejara acompañarlo y aprender el oficio. Porque el vértigo de los techos es una disciplina para personas solitarias. Para animales fabulosos. No se necesita a nadie acá arriba.



Este cuento se publicó en *Los Lemmings y otros*.

---

**Si te gustó...**

*La leyenda de 1900*, dirigida por Giuseppe Tornatore; *Los inútiles*, dirigida por Federico Fellini; *Los Lemmings y otros*, de Fabián Casas; *La conjura de los necios*, de John Kennedy Toole.

*“Cuando no le tenés  
miedo al ridículo, el  
ridículo te empieza a  
tener miedo a vos”.*

Hernán Casciari

## Hernán Casciari

Mercedes, 1971

---

Escritor y periodista argentino radicado en Barcelona. Encarna una de las figuras posibles del escritor del siglo XXI: es el autor de varias novelas escritas originalmente en weblogs, pero que han trascendido los límites de Internet. Recibió el primer premio de Novela en la Bienal de Arte de Buenos Aires (1991) y el premio Juan Rulfo (1998). Escribe el blog *Orsai* desde 2004, y dirige la Editorial Orsai desde 2010. Desde 2012 tiene un micro en radio Vorterix Rock de Buenos Aires, donde relata historias escritas por él mismo.

# La desgracia venía en sobres papel madera

---

**D**ESDE LOS TRES AÑOS DE EDAD EMPECÉ A desarrollar una patología muy extraña, casi perversa, fruto de algún complejo o trauma no resuelto. No sé bien por qué hacía aquello. Nunca lo supe, pero tampoco era capaz de evitarlo. Lo que me ocurría podría definirse como un tic, pero no lo era. Podría excusarse como una gracia infantil, pero tampoco era eso. Me pasó durante años, y lo sufrí en silencio hasta hoy, que lo diré en público, a pesar de que todavía me causa un poco de vergüenza recordarlo: en la infancia yo arruinaba las fotos. Todas las fotos. Y nada ni nadie podían detenerme.

Cada vez que veía a alguien a punto de hacerme una fotografía (individual o de grupo, casual o pausada), una fuerza más poderosa que cien caballos me obligaba a poner un determinado gesto histriónico. Siempre el mismo gesto, durante dolorosísimos

años. En mi casa de Mercedes hay cantidad de fotos mías, que van desde que tengo uso de razón y hasta la primavera de 1978, en las que aparezco inmortalizado con esa cara de idiota. Burlándome del buen gusto y despreciando la posteridad de los álbumes familiares.

La mueca, técnicamente hablando, era un involuntario homenaje a cuatro celebridades. Un segundo antes del flash, yo inflaba las mejillas como el actor mexicano Carlos Villagrán, ponía la trompa como el cómico argentino José Marrone, y los ojos bizcos como Susana Giménez. A la vez, ladeaba un poco el cogote para la derecha, como el científico americano Stephen Hawking. El resultado era de un brutal patetismo.

Las primeras ocho o doce veces que lo hice me festejaron la gracia. Según mis estudios posteriores, comencé a desarrollar esta enfermedad en Mar del Plata en el verano del 74. La primera foto que arruiné todavía existe, descolorida, en algún cajón de mi casa. En toda la serie de fotografías de aquellas vacaciones tengo ese gesto infame. Pero mis padres no captaron entonces la gravedad del suceso.

Al principio se reían, creyéndome un gordito extravagante. Con el tiempo le restaron importancia

al asunto con una frase que usaban mucho conmigo para casi cualquier cosa:

—Déjalo, que está llamando la atención.

Sin embargo, los años y las fotos se sucedían y yo no lograba quitarme esa mueca de la cara cada vez que oía el clic de una cámara. En la intimidad de mi habitación, y aún siendo muy niño para traumatizarme por algo, yo sabía que tenía un problema grave. Los demás, en cambio, seguían pensando que aquello era normal y pasajero.

Marcos, mi abuelo materno, fue el primero en darle importancia al asunto. Durante la Navidad de 1976 llamó a mi madre aparte y le dijo que yo era un pelotudo, que había que hacer algo con urgencia, que no podía ser que me burlase de toda la familia y le arruinara, sistemáticamente, las fotos de las Fiestas y las Pascuas, y que si alguien no me encarrilaba a tiempo, yo de grande iba a terminar muy mal: o muerto apuñalado en una zanja o, lo que es peor, dijo mi abuelo tocando madera, haciendo rutinas cómicas en los programas de los hermanos Sofovich.

El regreso a casa en coche resultó ser la primera confrontación pública con mi enfermedad secreta. Mi madre, un poco cortada, me dijo que dejara de hacer monerías en las fotos. Me lo dijo con calma,

pero dolorida por el sermón de su padre, al que respetaba mucho. Y sobre todo, me lo dijo como si esas muecas fuesen algo manejable para mí, como si yo, realmente, pudiese controlar el problema. Me aconsejó dejar de hacerlo, y se quedó tranquila.

En marzo del 77 comencé la escuela primaria. Yo ya no era un chico de jardín de infantes, ya no se me perdonaba todo: comenzaba a usar guardapolvo blanco, bléizer, e iba engominado al colegio. Ya sabía leer, y ya sabía escribir. A las dos semanas de clase nos sacaron a todos al patio para hacernos la típica foto de grupo. Las maestras me colocaron en la primera fila, a la izquierda de la pizarra negra que ponía “Primer Grado, 1977. Escuela N° 1”.

Juro que hice un esfuerzo sobrehumano para que no ocurriera la catástrofe, pero la mueca apareció, inmensa, justo justo en el momento del flash.

A la semana, en un sobre color madera, llegó la fotografía escolar a mi casa y las cosas empezaron a complicarse. Mi madre se desinfló en la cama grande, angustiada, y guardó la foto en un cajón en vez de ponerla en el álbum. No hablamos del tema nunca. Por fin todos sabíamos que yo padecía una extraña enfermedad, pero la familia no era capaz de afrontar el tema en la sobremesa.

Pasó todo ese año en puntas de pie. Yo intentaba no ponerme jamás delante de una cámara, y mi madre me quitaba de las reuniones y cumpleaños cuando llegaba el fotógrafo. Pero al siguiente marzo, cuando empecé segundo grado en un colegio distinto, los nuevos profesores (ignorantes de mi patología) me dieron otra vez posición de honor en la foto de grupo. “Segundo Grado, 1978. Escuela Normal Superior”, decía esta vez la pizarra. Y como el tiempo pasaba veloz, la foto ya era a colores, y mi mueca asquerosa apareció, entonces, tres veces más nítida y real.

Mi familia ya no sabía qué hacer conmigo.

Una tarde de junio, meses después de la foto, mi madre se encontró con una señora en la mercería y, en medio de una charla trivial de nuevas vecinas, ambas descubrieron que tenían hijos de la misma edad en idénticos establecimientos educativos. La señora se acercó entonces al oído de mamá para contarle una infidencia:

—Igual lo más probable es que al mío, el año que viene, lo cambie de colegio porque mucho no me gusta la Escuela Normal.

—¿Por qué? —preguntó mi madre.

—Ay, es que ahí dejan matricularse a cualquiera —dijo la señora—. Hay dos chicos medio negritos,

de la villa miseria, en la misma aula que nuestros hijos... y trascartón, también hay uno que, pobrecito, es retrasado. ¿Vos no viste la foto del gordito mogólico? Yo me fui a quejar enseguida... No puede ser que un chico te arruine una foto que es para siempre.

A madre se le llenaron los ojos de lágrimas, pero se mordió los labios.

—Por suerte a la semana les hicieron la foto de grupo otra vez —informó la vecina—, pero al retrasadito no le avisaron. ¿Vos tenés la segunda foto, no?

Yo estaba jugando con el Segelin cuando vi aparecer a mi madre como una tromba. Los ojos inyectados en sangre, las venas de la frente como fideos recién amasados... Sin embargo, en vez de golpearme se acercó a mí, se sentó en el sillón, me miró a los ojos como si yo fuese un criminal, o un pintor que le empapeló mal el comedor, y se puso a llorar sin consuelo. Me miraba y lloraba. Me volvía a mirar y comenzaba otra vez el llanto.

Entre sollozos, me contó lo que había ocurrido en la mercería, y me dijo, en medio de unos pucheros asmáticos, que se sentía la madre más desdichada del mundo. Que tenía vergüenza de mí, que no



podía creer que estuviera pasando todo eso, que se estaba secando de puro dolor.

Jamás había visto a Chichita de ese modo. Nunca. Es preferible mil veces que tu madre te pegue con una chancleta hasta que se te levante la piel de la espalda a verla llorar en serio, sin esperanzas, mientras te mira a los ojos.

Para mí, aquello fue como una revelación. Un mensaje. Verla llorar fue el fin de mi trauma y de mis muecas. Supe, inmediatamente, que no volvería a arruinar una foto en la reputísima vida de Dios. Apreté los puños y me lo juré a mí mismo. “Se acabó Hernán —me dije— tenés que ser un hombre, todavía no tenés ni ocho años y ya has dejado a tu madre sin esperanzas; si seguís en este tren, antes de los quince sos Robledo Puch”. Todo eso me dije, temblando por dentro como una hoja, y me prometí cumplir con la promesa aunque me costase un calambre facial.

Tres semanas después tuve la primera oportunidad de redimirme; fue en el Club Ateneo. Jugábamos nuestra primera final de básquet contra los chicos del Quilmes en la categoría pre-mini. Antes de cada final deportiva, un fotógrafo viene y hace una foto de ambos equipos, que después es colgada en la pizarra

de corcho de todos los clubes, y además la compran los padres y sale en los diarios locales. Era mi oportunidad: el destino me estaba echando un cable y debía aferrarme a él con las dos manos.

Aquella tarde yo llevaba el número 5 en la pechera, y mi musculosa celeste; creo que fue la primera vez en la vida que recé en serio. Cuando el fotógrafo se acercó y nos pidió que nos apiñáramos, crispé la mandíbula y le pedí a Dios que, en su infinita sabiduría, me permitiera sonreír normalmente, como una gioconda basquetbolista, como Claudio Levrino en la tapa de la *Radiolandia*, como Él quisiera, pero más o menos parecido a un angelito decente. Respiré hondo, miré la cámara, levanté el mentón, y el flash me encegueció de incertidumbre.

Jugué esa final con el corazón asustado, alegre por dentro de haber posado como una persona normal, pero no muy convencido de que me hubiese salido bien. Jugué un partido confuso, perdí varias pelotas, pero no recuerdo si salimos campeones o no; mi triunfo estaba en otra parte. Mi gloria no era basquetbolística: era el triunfo de la dignidad y la voluntad del hombre. Y estaba casi convencido de haberlo logrado.

A la semana vi la foto en el corcho del club. Todo había salido perfecto. La mueca no estaba. La busqué

con lupa, pero no estaba allí. La que vi era mi cara de siempre, mi cara del espejo, mi cara del reflejo de las vidrieras. Una leve sonrisa, la frente alta, la musculosa celeste, mis compañeros de juego escoltando mi normalidad. Fui, por un momento, el jugador de básquet más feliz del mundo.

En casa, sin embargo, no dije nada. No quería vanagloriarme. Preferí esperar a que tocase timbre el mensajero con las fotos, y que mi madre recibiera la buena nueva sin condicionantes, sin promesas ni expectativas.

El sábado siguiente, temprano, yo todavía estaba en la cama. Sonó el timbre, mamá salió a atender, y escuché que le estaban entregando las fotos del Club en el sobre papel madera de siempre. Mamá despidió al mensajero y se quedó en el pasillo, en silencio. Oí ruidos de papeles que se abrían. Y después silencio. Uno o dos minutos de silencio.

Pensé: “Está bien que no me diga nada, que no me felicite ni me agradezca... Porque, bien pensado, no hice algo fuera de lo común, solo hice lo correcto, lo que debería haber hecho desde el principio... No, no merezco premios, no hay mejor premio que la serenidad de conciencia”. Entonces, en medio de ese pensamiento, mamá entró a mi cuarto con un

cinturón y empezó a pegarme como jamás lo había hecho en toda su vida.

Era una madre ninja. Me pegaba con la mano libre, con el cinto, y me daba patadas con los pies; el ritmo era devastador. A causa de la sorpresa, no tuve tiempo para cubrirme. Me tapé con la manta y me dejé pegar. En la oscuridad de la cama, en medio de los golpes y los gritos de ella, no entendía qué estaba pasando. Cuando acabó, saqué tres cuartos de cabeza afuera y la vi: ella lloraba sentada en la punta de la cama.

Me miró con odio y rompió la foto y el sobre en cuatro pedazos, frente a mí:

—¿Otra vez? —me dijo, desesperada—. ¿Otra vez me hacés hacer pasar vergüenza delante de todo el pueblo? ¿Hasta cuándo? ¡Por el amor de Dios, Hernán! ¿Hasta cuándo?

Se levantó llena de humillación, salió de mi cuarto y pegó un portazo seco. A mí me dolía todo el cuerpo, y estaba temblando de pánico, pero tuve fuerzas para agacharme a levantar los pedazos de la foto. La recompuse sobre las sábanas, con mucho cuidado, pero no vi nada nuevo. Era la foto que ya había visto en el corcho del club: yo estaba sonriendo, con la frente alta, con mi musculosa celeste.

Y entonces supe la verdad.

Aquella era la primera foto que veía mi madre con mi cara normal. También era la primera vez que yo mismo me veía en una foto sin mis muecas. Era la primavera de 1978. Era sábado. Ese día comprendí, por primera vez y para siempre, que no soy fotogénico.



Este cuento se publicó en *El pibe que arruinaba las fotos*.

---

**Si te gustó...**

*Más respeto que soy tu madre*, de Hernán Casciari; *El hombre que ríe*, dirigida por Paul Leni; *Mamá*, de Roberto Fontanarrosa; *El celular de Hansel y Gretel*, de Hernán Casciari.

*“A lo mejor escribir  
no sea más que una  
de las formas de  
organizar la locura”.*

Isidoro Blaisten

## Isidoro Blaisten

Concordia, 1933 – Buenos Aires, 2004

---

Escritor, poeta, redactor publicitario y periodista argentino. Colaboró en forma permanente en *Clarín* y *La Nación*. Publicó doce libros, entre ellos *La felicidad*, *Al acecho* y *Cerrado por melancolía*. Sus cuentos figuran en numerosas antologías latinoamericanas. Entre otras distinciones, recibió el premio del Fondo Nacional de las Artes, el Premio Esteban Echeverría y el Premio Konex de Platino.

# Versión definitiva del cuento de Pigüé

---

-¿P OR QUÉ NO LO HACE, NORBERTO? —ME dice mi terapeuta. Y yo lo hago. Hice ya expresión corporal y tallas en madera, yoga y meditación, laboratorio de teatro y control mental. Hice el curso de cocina en “Los doce pescadores”, el curso de canciones de cuna para padres, el curso de nueva masculinidad y asistí al ciclo de neorrealismo italiano en el cine-club Travelling. Hice títeres en el Moyano y ahora hago taller literario con Isidoro Fleites.

Fuera de la jurisdicción de la Capital he ido al Palmar a hacer supervivencia y a Punta Tombo (la pingüinera más grande del mundo) a lavar pingüinos. Para ejecutar esto último tuve que posponer una escritura, pero lo hice porque estoy en contra de los asesinos ecológicos, lo hice porque siento que

es nuestra obligación moral salvar a los pingüinos empetrolados, lo hice por convicción.

Deportivamente hablando, y ya en el plano internacional, he ido, además de a Las Leñas, a la Hoya (aunque siento que el esquí no se compadece con mi sensibilidad), practiqué buceo en Buzios y pesca submarina en Florianópolis. Con respecto a esto último, tengo una duda valedera: la pesca submarina ¿atenta contra la ecología?

En cuanto a deportes de fin de semana, quiero dejar expresa constancia de que practiqué ya todos y cada uno de los deportes que se practican en el country: desde el tenis al squash pasando por el paddle, y hasta hace poco estuve aprendiendo a jugar al golf con un instructor de la Baja California. Digo hasta hace poco porque hace poco que he dejado de ir al country. La verde gramilla, las plantas en general y la reciente parquización han ido provocando en mí una reacción bizarra: he vuelto a prestigiar en el recuer-

do a mi Pigüé natal. Quizá yo lo idealice pero, como yo le digo a mi terapeuta, a pesar de todas las cosas que he hecho, yo sigo extrañando a mi Pigüé natal.

Si bien, como dice Isidoro Fleites, esto se debe a la *tranche de vie* que significa la

---

**Tranche de vie**  
Técnica narrativa que presenta una muestra de algún aspecto de la vida de un personaje.



inclusión de la familia en la nueva versión del cuento y pese a que, como dice Cúnele Trajtrajtemberg, una de las cinco sicólogas separadas que asisten conmigo y con Carlitos al taller de Isidoro Fleites, la familia es una institución monolítica donde la consigna es despedazarse unos a otros, y el transgresor es castigado por el grupo, yo extraño a mi Pigüé natal.

Mi Pigüé natal y las mujeres son, como dice Afrika Shusterman, otra de las cinco sicólogas separadas, dos áreas conflictivas para mí. Tengo un *côté* racional, lo sé. Un *pied-à-terre* que hace que, salvo la vez que fui a lavar

pingüinos a Punta Tombo (la pingüinera más grande del mundo), cuando el carguero coreano derramó la mancha de petróleo ocasionando el doble desastre ecológico (coincidió con el rumbo en el casco del buque cisterna Tara Marú), salvo esa vez, yo nunca he descuidado la escribanía.

No sé si esta exacerbación de la responsabilidad, esta exagerada exigencia para conmigo mismo, me viene del abuelo, de papá o de mamá. Quizá de mamá. Hasta el día de hoy no he logrado hablar de papá. Ni aun con mi terapeuta he logrado hablar de papá.

---

**Côté**

*En francés significa "costado".*

---

**Pied-à-terre**

*Expresión francesa que significa poner los pies sobre la tierra, sentar cabeza.*

Pero yendo al hecho trascendente, como bien explicaba mi profesor de Teoría y Práctica del Notariado, Manuber Aldana Macens (gran maestro), mi problemática con las mujeres –aunque hay que ver desde qué lugar se formula la pregunta, como dice Malú Abdala, otra de las cinco sicólogas separadas del taller– consiste en que yo aún no he logrado formar una pareja estable.

Estoy también en un todo de acuerdo con Macarena Forni Pace, otra de las cinco sicólogas separadas, cuando afirma que yo soy “el macho en disponibilidad”. “El macho acariciador”, ha acotado Guadalupe Tantanián, la quinta de las cinco sicólogas separadas. Guadalupe Tantanián sostiene que yo acaricio con la mirada. Yo por mi parte opino que el hecho trascendente consiste en que yo no hablo de más, sé realmente callar. Años de profesión me han enseñado mucho acerca del género humano. En la profesión he visto muchas cosas, tantas que me he acostumbrado a saber callar. Quizá sea esta una deformación potenciada por mi celo profesional, como yo le digo a mi terapeuta, pero en el ámbito privado yo escucho a las mujeres. Las miro, porque sé callar.

En el taller de canciones de cuna para padres donde asistí con Amarilis y adonde asisten numerosas

parejas, he reafirmado y reconfirmado que los hombres no escuchan a las mujeres. En varias ocasiones había tratado de sustentar esta teoría en el curso de “Nueva masculinidad” que dicta el licenciado Lisajovich, pero el grupo se replegó en sí mismo y fui rechazado como un transgresor.

En cambio, el curso de canciones de cuna para padres era mucho más receptivo, mucho más creativo y acogedor. Creo que fue como una revelación, porque como bien decía Phoebe, Phoebe Kesselman, la coordinadora, qué sabemos nosotros de canciones de cuna. Nada, absolutamente nada, nada más que el arrorró. Sin embargo, la influencia de las canciones de cuna sobre la personalidad en formación está totalmente descuidada por los padres. Con Phoebe aprendimos a entonar viejas canciones celtas y escandinavas, valonas y flamencas, serbias y bávaras, lusitanas y lituanas. Antiguas baladas gasconas y de la Picardía, deliciosos *lieders* de las márgenes del Rin, nanas irlandesas rescatadas del olvido, tonadas del siglo xv, canciones de cuna de la Euskadi en euskera, que me rememoran al abuelo en el retrato pintado por Perlotti y que evocan su boina, su reciedumbre, su contracción profesional,

---

#### Lieders

*Breves canciones  
líricas típicas de los  
países germánicos.*

y temas del Languedoc. Languedoc es la lengua de Oc, un territorio que se llamaba así, en la vieja Provenza, cuando aún no se había perdido ni el respeto a los ancestros ni la honra de las tradiciones ni la herencia de nuestros mayores.

Gracias a Phoebe descubrí el registro de mi voz: es de tenor. Amarilis es mezzosoprano y la conjunción parece que funcionó, porque cuando inclinados sobre la cuna de Fabia Ayelén, la hija de Amarilis, le cantábamos en gascón viejas romanzas de la Provenza, Fabia Ayelén se dormía.

Pero debo reconocer que tanto el curso de nueva masculinidad como el de cocina para hombres no lograban capturar mi predisposición. Sucede que Amarilis se obstinó y, como dice Macarena Forni Pace, al principio de la relación se satisfacen las demandas.

El de nueva masculinidad no me gustaba para nada. No me gusta ni presenciar partos ni lavar la vajilla ni rasquetear el inodoro. Quizá sea una falencia mía, pero no me gusta.

El curso de cocina para hombres se llama “Los doce pescadores” y está basado en un cuento de Chesterton. Primero se cocina y después se come lo que se cocina. Yo no estoy para nada de acuerdo con este curso. No comparto, como dice Malú Abdala, la

“ideología” del curso. Pienso en los niños somalíes, pienso en los chicos bosnios, pienso en los chicos herzegovinos y pienso en los locos del Moyano. Locos o no locos, todos tienen derecho a una existencia digna. Está en la Constitución y nuestro profesor de Civil Uno, el doctor Navarro Lebendet, lo ejemplificó en forma harto didáctica al referirse a la incapacidad absoluta de los dementes declarados tales en juicio y los sordomudos que no pueden expresarse por escrito.

Esto fue lo que siempre traté de inculcarle a Amarilis, pero ella sostenía que yo confundo la ética profesional con las experiencias vitales. Amarilis es separada, también. La conocí en la escribanía, cuando vino a gestionar una autorización para llevar a Fabia Ayelén fuera del país. Quedamos en encontrarnos en Buzios. Allí hice mis primeros pininos con la pesca submarina. Recuerdo que Fabia Ayelén aplaudía cuando me veía salir del agua con el equipo. Hay una foto donde estamos los tres juntos que es encantadora. Después fuimos a Florianópolis y después a Fortaleza. Ya de vuelta en Buenos Aires, hice con Amarilis el curso de control mental. Casualidad o no, mi mantra secreto era justamente “Pigüé”.

La ruptura de la pareja comenzó cuando me negué a hacer el curso para aprender a andar en zancos. No lo hice. No lo quise hacer. Mi linaje profesional, la tradición y honra de nuestros mayores y la dignidad de nuestros ancestros se impusieron.

De cualquier forma, le debo a Amarilis el hecho de haber conocido a Isidoro Fleites. Amarilis insistió y mi *côté* racional se hizo eco de su insistencia. Me anoté en el taller literario de Isidoro Fleites y a los once meses gané una mención en el concurso del Colegio de Escribanos. El cuento trataba sobre Pigüé y uno de los miembros del jurado, el doctor Corripio, alabó la precisión de sus descripciones: “Miga y sustancia, incubo y súcubo, sístole y diástole, no faltan en estas páginas estremecidas”, dijo en su discurso previo a la entrega de los diplomas y al cóctel de recepción. Mamá y mi hermana Lita vinieron especialmente desde Pigüé para asistir a la entrega y después fuimos a cenar al Pedemonte. Amarilis se enojó. No podía entender por qué ella no podía ir, por qué yo no quería presentarle a mamá y a Lita, por qué si yo era un hombre soltero, sin compromisos, la ocultaba y la escondía como si fuera tabú. No quise decirle que mamá es gente de antes, que se shockearía y se bloquearía y se inmovilizaría si yo le presentaba a una mujer separada y con una hija.

No obstante, antes de la ruptura definitiva de la pareja, y antes del primer abandono del taller, tuve satisfacciones. Isidoro Fleites, que no deja pasar ni una coma, dijo que si bien todavía había que trabajar mucho las descripciones y ajustar los detalles de la muerte del padre, el cuento era “digno y decoroso”. Afrika Shusterman, la más entusiasta de las cinco sicólogas separadas, organizó un party en su casa de Coghlan para festejar la mención. Esta vez nada me impedía ir con Amarilis. Por otra parte, Amarilis se desvivía por conocer al grupo y, sobre todo, a Isidoro Fleites. Pero cuando llegamos resultó que Carlitos y yo éramos los únicos varones del party. Isidoro Fleites no pudo venir. Tuvo que participar de una mesa redonda en el Centro Cultural Negro Falucho sobre “Cuento y novela, (con)fusión de géneros”.

No imaginaba yo que este iba a ser el principio del fin. Las cinco sicólogas separadas estaban diseminadas por todos los ambientes. La casona de Afrika Shusterman era enorme y tenía un horno de barro alimentado a gas y un jardín con mirlos que hablaban. Carlitos estaba borracho. Gritaba que había “güen beberaje” y leía un cuento de un libro de Borges que había sacado de la biblioteca de mármol. Ebrio y tambaleante, se obstinaba en leer en voz alta.

Mientras Carlitos leía, una de las cinco sicólogas separadas (no diré su nombre) me acorraló, a la vista de Amarilis, contra la estatua del centauro, obra de Marta Minujín. Después, entrelazó su pierna con la mía durante la fondue. Amarilis, evidentemente influenciada por la lectura en voz alta del cuento de Borges que Carlitos hacía desde el centauro donde se había montado definitivamente, la desafió a un duelo criollo junto al horno de barro. Tuve que dejar la fondue, tuve que dejar la casona, tuve que dejar el taller.

Y ese fue el fin de la relación con Amarilis. No la extraño, no. A quien sí extraño es a Fabia Ayelén. Extraño su sonrisa cuando se iba adormeciendo al arrullo de las baladas del Languedoc que yo le cantaba.

Esa ruptura fue muy movilizadora porque hizo, además, que yo comenzase a añorar en forma recurrente a mi Pigüé natal.

Pigüé con su patio de tierra en el cortijo y el tinglado en sombras frente a la casa solariega, desde donde se divisan los dos diplomas y los retratos familiares y la foto enmarcada de papá. Papá, recostado contra el capot del Oldsmobile, las botas relucientes, los brazos cruzados, el rebenque con mango de plata colgando de la mano, la sonrisa impecable.



Tiempo después, al pasear mi mirada por las paredes de la escribanía, atosigadas con los cuadros de Petty Améndola, he pensado en cuán distinta es la pintura moderna si se la compara con los grandes retratos y paisajes que penden de las paredes de mi casa solariega en mi Pigüé natal. A través de la relación, Petty Améndola me fue regalando todos y cada uno de los cuadros de su única y última exposición. Desde las paredes de la escribanía me miraban, y miraban a los clientes, *Tarde astral*, *Cielo con astronauta*, *Despojo inconsciente*, *Despojo dos*, *Despojo tres*, *Amanecer tardío*, *Nubarrones en el Delta*, *Autorretrato uno*, *Autorretrato dos* y *Autorretrato cuatro*. *Autorretrato tres* había sido regalado por mí al dueño de Granja Margarita. Conocí al dueño de Granja Margarita en “Los doce pescadores”, en el curso de cocina. Era, como yo, sapo de otro pozo. Era un hombre sencillo. Sin embargo, la primera vez que vino a la escribanía, en cuanto se sentó, yo me di cuenta de que *Autorretrato tres* lo había impactado. Mientras yo leía en voz alta el acta de traslación de dominio, el hombre no sacaba los ojos del cuadro. Entre apartado y apartado, al levantar la vista del acta, yo notaba cuán distinta era su expresión, si se la comparaba con la de la parte vendedora. Yo notaba en él su ceño

fruncido, sus párpados caídos, sus pupilas entrece-  
rradas. Recuerdo que me hizo acordar de los párpados  
caídos del siciliano en la película del ciclo de revisión  
del neorrealismo italiano que en esos días veíamos  
con Denise Logroño en el cine-club Travelling.

En rigor de verdad, los cuadros de Petty Améndola  
eran todos iguales, pero algo, algo en *Autorretra-  
to tres* ejercía una extraña fascinación sobre el dueño  
de Granja Margarita. Entonces, después de la firma,  
me levanté y mientras la parte vendedora contaba el  
dinero, lo descolgué, lo hice plumerear por Haydée,  
mi secretaria, y ante la mirada que cruzaron entre sí  
los de la parte vendedora, se lo regalé. Hasta el día de  
hoy, el hombre me sigue confiando sus escrituras.

El conocimiento de Petty Améndola databa de  
su primera exposición, en el Colegio de Escribanos,  
donde había sido invitada a exponer por el entonces  
secretario de Cultura, su tío, el escribano Améndola,  
eminente profesional, bellísima persona y hom-  
bre cultísimo, quien cada vez que me veía no dejaba  
de palmearme el hombro y exclamar con una amplia  
sonrisa: “¡Hijo y nieto de escribanos!”.

Una vez iniciada la relación (fue en su atelier de Fi-  
gueroa Alcorta y Tagle), Petty Améndola me fue con-  
tando, en el decurso de los encuentros, la historia de

todos y cada uno de sus cuadros. Su terapeuta actual (terapeuta mujer, porque con todos los terapeutas varones tuvo inconvenientes de índole privada que la conflictuaron y potenciaron negativamente), su terapeuta actual le había sugerido que esos conflictos debía ponerlos afuera y fue así como Petty Améndola empezó a pintar. En cada cuadro se podía ver un falo. Unas veces difuminado; otras, no. Su terapeuta le había interpretado que eso representaba al padre castrador y a la madre secuestradora.

No obstante, Petty Améndola no puede estar sola. Dice que las paredes del estudio se le vienen encima y oye las voces del silencio. Por eso, la presencia masculina, con su intrusión desenfadada, su forma tan distinta de ver la vida y su perfume a tabaco y a vieja lavanda, hace que para ella el varón (el varón varón) sea imprescindible. Pero (y ahí está el conflicto), a las dos horas de permanencia del varón en el estudio, o en el dúplex del piso once del inmueble de Juez Tedín (donde tiene su segundo atelier), no lo soporta, se siente invadida, quiere que se vaya, quiere estar sola, agrede al varón, sabotea la pareja y, mientras el varón se va gritándole que es una rayada, ella llora arañando el césped sintético que cubre el piso de su atelier.

Ahora Petty Améndola se ha ido a París a estudiar pintura moderna en los cursos del Pompidou. Me manda postales y fotos donde se la ve un tanto demacrada en su piso de la Avenida Foch. Por mi parte, yo descolgué todos los cuadros de la escribanía y los trasladé a Pigüé.

Después de Petty Améndola atravesé un período de soledad. Diecinueve días. En esos diecinueve días extrañé como nunca a mi Pigüé natal. Pigüé con sus achiras y su trigo chuzo y sus chalchaleros en las cacharpayas y el chingolo chapaleando en la laguna y el rezo del mamboretá. Pigüé con sus piquillines silenciosos y el grito del chajá destruyendo el vaho de las heladas. Pigüé quieto y solitario y el silbo de la cachila entre las matas achaparradas del mburucuyá.

Distinto fue el caso de Denise. Denise Logroño amaba el cine y defendía a los mapuches. Había empezado por los maticos, los tobas, los mocovíes, los chiriguano y los quilmes, y ahora defendía a los mapuches. Siempre andaba llevando a la televisión a algún indio joven y a algún indio viejo. El indio viejo, en general, nunca esperaba nada de la vida y miraba a la cámara con una expresión extraña; el indio joven, en general, trabajaba en YPF o en la Dirección General de Catastro o era maestro en alguna escuelita rural.

Denise Logroño tocaba el bombo en las manifestaciones. Sus pechos eran enormes, sus caderas hospitalarias, sus labios sensuales. Su pelo largo, rubio y enmarañado, flotaba al viento en las manifestaciones y se la distinguía entre la multitud: la boca abierta, los labios anhelantes, el bombo entre los pechos.

Así la describí e Isidoro Fleites me instó a ahondar en la descripción. Me dijo que yo trabajaba bien las descripciones, que yo debía incluir a Denise en el cuento.

Porque fue conocer a Denise Logroño y fue volver al taller de Isidoro Fleites. Afrika Shusterman, Cúnele Trajtrajtemberg, Macarena Forni Pace, Malú Abdala y Guadalupe Tantanián “celebraron la fiesta con un aire de júbilo que cumpla la parábola”, como había escrito esta última en un poema que me fue dedicado.

Carlitos me hizo un acróstico y prometió no beber nunca más.

Pero con el correr de los días, las cinco sicólogas separadas coincidieron en que la relación con Denise Logroño me estaba cambiando la personalidad. Tenían razón. Hasta mi forma de vestir había cambiado. Yo siempre he sido clásico: trajes con chaleco, colores engamados en los grises, los azules y, a lo sumo,

en los días calurosos, el beige. Denise comenzó por regalarme una bufanda. La relación había comenzado en invierno, en el cine-club Travelling, a la salida del ciclo de revisión del neorrealismo italiano, y Denise comenzó a regalarme bufandas. Eran ocres y marrones, negras y tostadas, “los colores de la tierra”, decía Denise. Después siguió con los ponchos y los pulóveres grises y terrosos, cuajados de elementales hombrecitos y estelados de magras figuras geométricas que representaban a la Pachamama.

Haydée, mi secretaria, una tarde me retrotrajo a la realidad: “Escribano”, me dijo, “disculpe si me entrometo”. Y allí comenzó a hablar sobre mi aliño indumentario. Sobre los comentarios de los clientes en la sala de espera.

Cansado de ver filmes antropológicos y de dar vueltas al Obelisco siguiendo a Denise y a su bombo, un martes lo hablé con mi terapeuta. “Quiero cortar con Denise”. “¿Por qué no lo hace, Norberto?”, me dijo mi terapeuta. Lo hice.

Sin embargo, hay algo que siempre le deberé a Denise Logroño: haberme conectado definitivamente con mi Pigüé natal.

Pigüé con sus chotacabras sobrevolando los tulipanes, Pigüé con sus vereditas de secuoyas y sus

almácigos de colihues y su terraplén de rododendros y cinamomos vibrando al paso del tren. Pigüé con sus orquídeas tempranas rebrotando en el amarillo incandescente de las pasturas quemadas. Pigüé con su caravana interminable de tatús carreta. Pigüé con sus cosechadoras en fila sobre la blanca inmaculada del salitre y el sol de noche colgando en la horqueta en sombras, iluminando el misterio del galpón.

A la doctora Petoruzzi la conocí trabajando el cuerpo en el laboratorio de teatro, en el curso de formación del actor. Bruno Crivelli usaba los dos métodos, el método de Stanislavsky y el método gestáltico. Cuando dramatizábamos con la memoria personal, había que echar a la mujer de la casa. “Échela”, gritaba Crivelli (porque se posesionaba), y había que echarla. Yo no era bueno para eso. No sirvo para gritar. En cambio, era bueno para expresar debajo de la mesa imaginaria. Todo lo que era por debajo de la mesa lo hacía bien y Bruno Crivelli me tomaba como ejemplo. Después, con la malla puesta, había que trabajar el cuerpo. Un ejercicio era cerrar los ojos y tocarse. Por medio del tacto se reconocía a los compañeros y se reconocían los sentimientos. A veces nos tocábamos con los pies. Había una que siempre tenía

los pies fríos y esa era la doctora Petoruzzi y con ella habría de iniciar yo una relación.

Como es sabido, quien es abogado no puede ser escribano y viceversa. La doctora Petoruzzi era abogada y escribana y su escribanía estaba a solo tres cuadras de la mía. Más tarde, cuando ya habíamos iniciado la relación, nos preguntamos muchas veces cómo era posible que nunca nos hubiésemos cruzado ni en Tribunales, ni en la Inspección de Personas Jurídicas, ni en el Registro de la Propiedad, ni en la Oficina de Libre Deuda. Pirusa (a la doctora Petoruzzi le decían Pirusa) decía que evidentemente no había sido nuestro momento interior.

Confieso que al principio yo temía que la relación se convirtiese en algo alienante. Pensaba que no íbamos a hablar más que de la nuda propiedad, de certificados de transmisión de dominio, de usufructuos vitalicios, de bienes mostrencos, de poderes. Tanto era así que le expuse mis dudas a mi terapeuta. Le dije que, como decía Cúnele Trajtrajtemberg, la más decidida de las cinco sicólogas separadas, cómo podía yo estar tan seguro de que las cosas se iban a dar así, que yo no debería rehuir la experiencia, que ya encontraría un atajo y que debería probar. “¿Por qué no lo hace, Norberto?”, me dijo mi terapeuta.



Al terminar la tercera clase en la que yo había vuelto a reconocerla por los pies, invité a Pirusa a un unipersonal en un café-concert de San Telmo. Tuvi-mos que irnos enseguida. Pirusa no toleraba ni so-portaba el humo ni estaba dispuesta a convertirse en una fumadora pasiva ni a elevar su presión arterial ni a atrofiar su sentido del olfato ni a arruinar sus papilas gustativas ni a sufrir palpitaciones ni a con-traer taquicardia ni a encubrir a los contaminadores ambientales.

Esa noche dormimos en su casa, un amplio depar-tamento casi sin muebles, totalmente blanco, atesta-do de pirámides de ónix y pirámides de acrílico, que daba sobre la plaza Vicente López. Pero antes, Pirusa me enseñó a dormir según el método magyar de rela-jación: se debe distender el cuerpo y apoyarse sobre el hombro derecho, de manera que todo el cuerpo des-canse sobre el omóplato. Este hueso es el más adecua-do por sus características para cumplir esta función. La gente no sabe dormir, me explicó Pirusa, cree que recostarse sobre la cara es dormir y no se da cuenta de que todo el torrente sanguíneo se deposita en la me-jilla. Además, me enseñó a colocar el brazo derecho: antes de reclinarse, es necesario dejar que el brazo de-recho descanse en forma perpendicular a las costillas.

Pero antes Pirusa me aplicó la crema para codos. La gente no piensa en los codos. Esos codos arrugados y descascarados, decía, codos como un delta o una telaraña, son el exponente de una civilización que vive el cuerpo como una cárcel. Después, Pirusa caminó con dos tomos de los *Anales del Derecho* en la cabeza. Descalza y erguida, caminó sobre la alfombra blanca y peluda. Después me dio dos tomos a mí y me hizo caminar a su lado. Durante treinta y nueve días dormí sobre el lado derecho, mantuve erguida mi columna vertebral, aprendí a respirar y a vigilar mis codos. Durante treinta y nueve días comí pan integral, trigo integral y arroz integral. Durante treinta y nueve días comí brotes de soja, brotes de alfalfa y brotes de alubia y tomé cerveza sin alcohol, sidra sin alcohol y vermouth sin alcohol. Pero qué pasaba, todo eso se superponía, se anteponía y contrastaba con las opíparas cenas bisemanales de “Los doce pescadores”. “Los doce pescadores” nos reuníamos en la taberna Iraola, en los altos del Paseo de la Reina. De ahí surgieron, además del dueño de Granja Margarita, tres de mis más importantes clientes, de manera que yo no podía dejar de ir. Pero al mismo tiempo no podía dejar de pensar en los locos del Moyano, hacinados como bestias, en los chicos de Biafra y en los

niños kurdos (de quienes nadie se acuerda ya. ¡Así es el género humano!), en los mapuches dejados de la mano de Dios, mientras nosotros jugábamos con la comida. Porque salvo cinco de los doce, el Tarco Mosquera, el Tapioco Quintana, el Tordillo Lezama, el Tuco Roverano y el Tola Catulovic, que eran cocineros de verdad, el resto, los siete restantes, éramos comparsas, casi lavacopas. “Los cinco grandes” eran creadores e imaginativos, debo reconocerlo, amaban la cocina. Pese a que a mí me sublevaba la división de clases: ellos tenían gorros altos; nosotros, boinas chatas; ellos, delantal naranja con el pescadito bordado en oro; nosotros, guardapolvos grises con el número 12 abrochado con un alfiler de gancho, debo reconocer que “los cinco grandes”, como nosotros los llamábamos, eran grandes. Los siete de guardapolvo les servíamos de ayudantes. Yo estaba ya bastante estragado de picar ramilletes de salvia y ramitos de estragón. Estaba aburrido de comer y de conversar sobre la comida, estaba aburrido de mirar el emblema bordado en el bonete del Tola Catulovic y de oírlo decir dos veces por semana: “Sientan, sientan el dejo de la menta. Un toque como un dejo”.

Lo hablé con mi terapeuta. “Estoy bloqueado, conflictuado, tironeado”, le decía a mi terapeuta,

“además, entre el ganso al estragón y los brotes de alfalfa, mi organismo se resiente. Quizá yo deba alejarme de ‘Los doce pescadores’”. “¿Por qué no lo hace, Norberto?”, me dijo mi terapeuta.

Dejé a “Los doce pescadores” y dejé a Pirusa. Le dejé una nota de despedida sobre el tomo quinto de los *Anales del Derecho*, le puse encima una pirámide de ónix bastante grande para que no se volara y dejé el tomo sobre la alfombra peluda y, mientras Pirusa dormía, sin almohada, sobre el omóplato derecho, cerré la puerta de su casa y eché a andar. Era muy temprano y las calles estaban casi desiertas. Un sol calmo se vislumbraba apenas a través del follaje de las tipas de la plaza Vicente López. Entonces tomé conciencia de cuánto extrañaba a mi Pigüé natal. Quizá tomé conciencia de mi pérdida y de mi renunciamiento. Sentí una sensación de desasosiego. Había perdido los brotes de soja, el budín de berenjenas, la torreja de salsifí. ¿Quién me daría a la mañana el potaje de gluten? ¿Quién, la torreja de sorgo? ¿Quién, el buñuelo de anís? Pigüé surgía cercano y absoluto, Pigüé con su opa sempiterno y su caserío de mangrulllos, Pigüé con su bosque de madroños donde el coyote, el chacal y el ocelote aúllan y aúllan, Pigüé con sus paisanos austeros, sentenciosos

en su mutismo, que encienden sus yesqueros de cola de peludo mientras tropiezan con sus nazarenas, Pigüé con su yatay exánime que orina el cuidador de fuegos artificiales mientras a las yeguas madrinas se les hiela el aliento en los plantíos de ají cumbraí, Pigüé con su gallina Plymouth que presiente de costado la tormenta, acurrucada junto al busto del corrupto, Pigüé con su caballada meditativa de lobunos y cebrunos, de picazos y luceros en los albardones anegadizos a la hora en que aparecen el agrónomo viudo, el agrimensor loco, el consignatario triste, el batitú transido y la delgada sombra de la solterona en la resolana, Pigüé con su cartel del Fondo Comunal donde el zorrino incendia sus orines como un ramo de luz inflamado en el viento.

Pigüé y Pirusa confluían en mí. El martes le dije a mi terapeuta: “Creo que la pérdida de esta relación me vuelve regresivo, me retrotrae a mi Pigüé natal, me internaliza la regresión, me impide la creación de un espacio propio. ¿No le parece que debería ponerlo afuera?”. “¿Por qué no lo hace, Norberto?”, me dijo mi terapeuta.

Fue así como surgió la segunda versión del cuento de Pigüé. Pese a que yo me planteaba hasta dónde era legal modificar algo ya premiado y nada menos que

por el Colegio de Escribanos, Isidoro Fleites insistió en que el cuento pedía a gritos una nueva versión. Me dijo que me soltara, que me dejara llevar y me instó a la descripción. Las cinco sicólogas separadas estuvieron de acuerdo: dijeron que era una puesta en marcha que potenciaba la escucha. Y es así como lo puse afuera y comencé a escribir la segunda versión del cuento del cual el profesor Corripio había dicho en la entrega de premios: “Es la doxa que habla en estas páginas, pero es también el logos. Su pluma no teme al ténebre y su ánimo no desdeña el enaltecimiento de la loa”.

No obstante ello, Isidoro Fleites me urgía a sintetizar. “La literatura es una operación de resta”, me decía. “Espero una segunda versión sintetizada para el miércoles”. Pero durante dos miércoles no tuvimos taller. Isidoro Fleites tuvo que participar en dos mesas redondas: “Conquista de América: fantasmática, imaginario y utopía quinientos años después”, en el Centro Cultural Alférez Eduardo Gaona, y “Cuento y novela: influencias y correlato. Utopía”, en el Centro Cultural Dragoneante Peñalba.

Durante esas dos semanas limé mi cuento, lo despojé de ripios y lo liberé de influencias y cambié los detalles de la muerte de mi padre (de quien nunca

hablé con mi terapeuta). Recuerdo que al principio pensé en urdir una historia donde el protagonista se ve perseguido por un olor, pero Isidoro Fleites me dijo que era un lugar común, que debía evitar olores que persiguen, manchas en las paredes, plantas que crecen, y eliminó los “senos túrgidos” que yo había usado en la descripción de las náyades del grupo escultórico que rodea a la estatua ecuestre del Libertador que está en el centro de la plaza de Pigüé.

Isidoro Fleites me instó a describir más. Me dijo que la literatura era el arte de lo imposible y que yo no debía temer a las descripciones y que esperaba la versión definitiva para el miércoles y que iba a dedicar todo el taller para mí, y que para ello había decidido no concurrir a la mesa redonda en Ramallo sobre “Cuento y novela. Aproximaciones y distancias, similitudes y diferencias. Cuerpo textual: utopía y referente en el imaginario de Ramallo quinientos años después”, en el Centro Cultural Ceferino Namuncurá, puesto que quería ver cómo iba a resolver yo la muerte del padre.

Fueron siete días durante los cuales se impuso el renunciamiento. Estaba solo y sin pareja, solo con la profesión y mi alma, solo con la escribanía. Sin embargo, una lucecita al final del camino brillaba con

su fulgor de esperanza. No tenía ningún curso para seguir. “Cursos son recursos”, había dicho Guadalupe Tantanián al entregarme el conmovedor poema alusivo. Y era cierto. Ahora solo me quedaba mi obra y yo me debía a ella: la versión definitiva del cuento de Pigüé.

Todo el taller coincidía en que de descripciones andaba bien, pero el problema seguía siendo la muerte del padre. Eso me atormentaba. Todo lo demás estaba bien estructurado y ya Afrika Shusterman había hecho un análisis lacaniano del significado del apellido Fracassi y del porqué de su intrusión en el cuerpo textual; Cúnele Trajtrajtemberg había contabilizado cuántas veces figuraba el sustantivo propio del lugar “Pigüé”; Macarena Forni Pace había abordado el cuento desde el despotismo del padre que contrastaba con la bonhomía del abuelo; Malú Abdala, en un original enfoque ecofeminista, había asumido la defensa de la mujer en los dos personajes femeninos; Guadalupe Tantanián –como dije– había escrito el conmovedor poema alusivo, y Carlitos, un acróstico realmente simpático.

El lunes, al regresar de la escribanía, inmediatamente después de dejar el coche en la cochera, sentí una revelación. Algo se había internalizado en mí.



Algo como un presentimiento. Había visto algo, en mi memoria y en el galpón de Pigüé.

Lo hablé con mi terapeuta. Ese martes le dije:

—¿No le parece que yo debería recordar más? ¿No le parece que yo debería recordar mi infancia? ¿No le parece que yo debería hurgar en ella, profundizar, rescatar esos objetos sumergidos en el inconsciente, hacerlos aflorar a la luz y, una vez descubiertos, marcar con su impronta los ocultos resortes de la conducta?

—¿Por qué no lo hace, Norberto? —me dijo mi terapeuta.

Y comencé a recordar. Comencé a recordar y a escribir lo que había recordado. Recordé los engranajes herrumbrados de la cosechadora, el tarro de lechero (de la época del abuelo todavía, cuando el abuelo se había obstinado con el tambo), picado y calafateado con alquitrán, y una lata oxidada de acaroína, de cinco litros, donde ahora está apoyada la bicicleta, ahora sin ruedas, que yo había pintado con un flitero en el maizal de los Soria.

Al día siguiente, llevé con ansiedad los recuerdos al taller.

Con alborozo, Isidoro Fleites nos explicó que los recuerdos que yo había traído tenían mucha narratividad,

que eran muy ilustrativos, que bien podrían develarnos y revelarnos la muerte del padre, que ahí bien podría estar el conflicto, el nudo, el desenlace y el *plot* y que yo no debía rehuir la muerte del padre porque la literatura es una metáfora y la única inspiración de un escritor es sentarse a escribir, vivir y sentarse a escribir, escribir y escribir, y en la soledad recoleta de nuestros estudios, frente a la hoja en blanco, con ímpetu sin igual y renovado entusiasmo, trabajar, trabajar y trabajar. Y nos dijo que el miércoles no iba a haber taller y el otro miércoles tampoco porque tenía que participar en dos mesas redondas: una, en el Centro Cultural Enfermera Anita Melián, sobre “Novela y cuento: perspectivas en el imaginario quinientos años después”; otra, sobre “Coincidencias, diferencias y utopías del cuento y la novela a partir del Descubrimiento de América hasta nuestros días”, en el Centro Cultural Felipe Varela, pero, para el miércoles siguiente, esperaba la versión definitiva del cuento de Pigüé.

Durante veinte días trabajé, trabajé y trabajé. Entre escritura y escritura, conseguí crearme un espacio propio. Haydée, mi secretaria, me miraba con extrañeza cuando se iba y yo permanecía encerrado en la escribanía.

Ese martes, por primera vez en todos los años de análisis, no fui a sesión. Me fui a Pigüé. Salí de casa al

amanecer, me desvié del Camino de Cintura y dejé el auto donde ahora está la kermesse abandonada, en el maizal de los Soria.

Casi me cruzo con mamá y con Lita. Las vi pasar en el Mazda que manejaba Lita. La vi nerviosa, pensé que no era para menos: iba a rendir su último examen en el Conservatorio Fracassi. Habíamos combinado que después, cualquiera fuese el resultado, íbamos a ir a almorzar al Pedemonte.

El coche se alejó y yo seguí caminando. Iba a describir a papá y la muerte de papá. Describir lo que veo desde el tinglado en sombras mientras lo espero.

Desde el tinglado, a través de la ventana de casa, veo la pared de la sala. En casa no hay nadie. Mamá y Lita han bajado a Buenos Aires. Lita tiene que rendir el último examen en el Conservatorio Fracassi. Desde donde estoy se ven el piano y los retratos. Se ven los dos diplomas: el del abuelo y el de papá. Se ven las tres fotos de colación de grados: la del abuelo, marrón; la de papá, en blanco y negro; la mía, en colores. Las tres, con marco de caoba y filete dorado.

Al lado del piano está el retrato del abuelo, pintado por Perlotti, firmado en mil nueve dieciséis. Y al lado del retrato del abuelo está la foto de papá.

Papá en la foto, vestido de presidente de la Asociación Tradicionalista, vestido de negro y de domingo, recostado contra el capot del Oldsmobile, el sol brillando en una sola moneda de la rastra, los brazos cruzados, el rebenque con mango de plata colgando de la muñeca, el pie apoyado en el guardabarros, como si estuviera haciendo espaldas contra la pared del Banco Nación.

Papá bajando del Oldsmobile, papá volviendo del remate de hacienda, las botas embetunadas, ahora manchadas de barro y bosta, rayadas en el empeine por el ripio.

Papá venía del remate. Lo esperé en la sombra del galpón. Esperé que bajara de la camioneta. Disparé dos veces. ¿Cómo describirlo? Cayó como deslizándose. Tenía la cara cambiada, una mirada sucia, una expresión de utilería, ya no estaba como en la foto. La mano del anillo quedó abierta en ese gesto tan particular de papá, como cuando daba una orden a los peones o me daba una orden a mí o señalaba el campo o descolgaba el revólver.

Lo enterré en el galpón, en Pigüé.

Pigüé con sus fiordos y sus ventisqueros, Pigüé con sus blancos acantilados y su farallón de lava, Pigüé con su tundra asolada de anémonas y la estepa

donde el vencejo huye y el corzo mira. Pigüé con sus despeñaderos y sus desfiladeros y sus cañadones y sus peñones donde reverbera la mica, peñas arriba.

No lejos de la aguada, no lejos del arroyo, en el límite del maizal de los Soria, cerca del río, el verdín entre las toscas, el salto de plata de algún sábalo, una rama de eucalipto que se hunde en el agua abombada del tanque australiano, y un dejo de cal y de humedad en las altas habitaciones de la casa solariega y el galpón del fondo y sus misterios: los engranajes herrumbrados de la cosechadora, un tarro de lechero, picado y calafateado con alquitrán, una lata oxidada de acaroína, de cinco litros, donde está apoyada la bicicleta sin ruedas de mi infancia, la bicicleta que yo había pintado con un flitero, y debajo de la bicicleta, en el piso de tierra del galpón, casi a dos metros, el cuerpo de papá.



Este cuento se publicó en *Al acecho*.

---

**Si te gustó...**

*Buffet Freud*, de Rudy; *Después de la presentación*, de Isidoro Blaisten; *Historias de cronopios y de famas*, de Julio Cortázar; *Antología personal*, de Isidoro Blaisten.

*“Voy a empezar a  
escribir sobre hombres  
así no me dicen nada”.*

Alejandra Laurencich

## Alejandra Laurencich

Buenos Aires, 1963

---

Narradora, autora de los libros de cuentos *Coronadas de Gloria* (Tercer Premio del Fondo Nacional de las Artes) e *Historias de mujeres oscuras*, por el que obtuvo el Segundo Premio Municipal en 2011, y de la novela *Vete de mí* (2009). Es la fundadora y directora editorial de la revista literaria *La Balandra (otra narrativa)*. Desde hace más de veinte años enseña el oficio de escribir.

# Lo más grande que hay

---

**L**A VOZ ARDIENTE DE SANDRO INUNDA LA COCINA y Laura, por primera vez en veinticinco años, sabe que esa noche ganará el duelo. *Quiieeeeero llenaaaarme de tiiii* canta echando las cebollas al fondo de aceite crepitante donde un diente de ajo señala que la temperatura es la adecuada. *Quiieeeeero podeeeerte encontraaar*. Dos hojas de laurel fresco, la sal (sal marina *porque no hay punto de comparación con la común*, le escuchó decir una vez a su suegra) y a revolver con la cuchara de madera. Las cebollas se contraen y largan el jugo. Prueba un poco con la punta de la cuchara y piensa en los veinticinco años que ha pasado buscando el secreto del guiso de su suegra. Creyendo, por ejemplo, que en el *salar las cebollas mientras se rehogan* estaba la clave. Qué ingenua y torpe había sido. Cómo no pudo avivarse. Pero lejos quedarían ahora esos años de lucha. Hoy

cambiaría su historia. Cuando a las nueve de la noche Emilio volviera del estudio, ella lo recibiría con un *Feliz aniversario, amor*. Él –después de lamentar, como siempre, no haber recordado la fecha– se sentaría a la mesa y probaría el guiso. Entonces diría: Igualito al de mi vieja, y ella sería feliz.

Laura revuelve y deja que las cebollas vayan tomando color. Canta y mira la foto en la que su marido y su suegra alzan sus copas hacia la cámara:

—Se te acabó el brindis, Perla. Hoy te soné —dice, y ríe, segura de estar conquistando el lugar que le corresponde, aquel que hace un cuarto de siglo le arrebató Emilio cuando volvieron del recital despedida de Sui Generis en el Luna Park. Quince años tenía ella, y él cumplía la mayoría de edad. Esa noche, después de que ambos confirmaran con un beso largo el inicio del noviazgo, él la acompañó hasta su casa. Fue entonces que ella lo invitó a pasar, a comer un sándwich juntos, y él le dijo:

—No, me voy a casa, mi vieja me dijo que hacía guiso. No sabés lo que es ese guiso. Lo más grande que hay.

Esa noche Laura soñó con Emilio. Un Emilio pelilargo que en la pesadilla le pasaba el pan al plato con un movimiento hipnótico y repetía: *El mejor guiso que*



*hay. Por qué no le das la receta, ma, a ver si le sale.*  
Esa noche comenzó el calvario.

*La candidez de tu mirada me enloqueeeeeeece. Dime  
pequeña que máaas puedo pedir.*

*¡Es réquete fácil!* Recuerda la voz de Perla cuando ella le preguntó, pavota como era en esa época, cómo se hacía. *Una carne a la cacerola nada más, no tiene ningún secreto.* Ahora sí que te agarré, piensa Laura, ya no vas a poder hacerte la estúpida. Corta el filamento blanco de los morrones y los acomoda sobre la tabla. Le gusta la débil resistencia de ese rojo que se quiebra bajo la cuchilla. Corta a lo largo, primero, luego en daditos. Recuerda el año que supuso que era el color de los morrones lo que diferenciaba el sabor del guiso. Y todo porque una vez había descubierto en la heladera de Perla, al fondo de uno de los cajones para las verduras, los morrones amarillos. El resultado había sido decepcionante. En el aniversario de noviazgo Emilio probó el guiso y sugirió:

—Por qué no le pedís a mi vieja que te dé bien la receta, porque el de ella tiene algo... Deben ser estos morrones, ¿no conseguiste rojos?

Año tras año ella había ido reuniendo datos sobre esa receta. Datos robados en cumpleaños, en supermercados, en Nochebuenas, en viajes a Mar del Plata.

Y cada aniversario de noviazgo había intentado lo que parecía imposible: conseguir que Emilio reconociera que había otra persona en el mundo que podía hacer el guiso tan rico como el de su madre. Hoy, veinticinco años después del primer intento en el que escuchó: *Está bueno, muy rico. Pero le falta algo*, sabe que por fin conquistará la victoria. Se sirve un poco de vino y toma un sorbo. Sandro canta el final: *entre la naturaleza y mi vieja tristeza poder olvidaaaaar...*

La carne atada con el hilo de algodón blanco espera su turno. Ella vuelve a poner la canción en el equipo y se acerca a la mesada. Cómo nunca se dio cuenta de algo tan elemental. Tantas pistas falsas había seguido, como el revolver el fondo de cocción con cuchara de madera de peral. *Porque es la única que no deja gusto amargo*, había soltado una vez Perla mientras volvía de la anestesia después de que le sacaron la vesícula. Emilio consideró la frase como un delirio postoperatorio, pero ella no la dejó pasar. Recorrió puestos y puestos de artesanos hasta que consiguió por fin la cuchara de peral. Que le costó una fortuna, porque era a pedido, y aunque a ella le parecía igual a cualquiera de las que se venden en los bazares, más blanca quizá, ese aniversario creyó que ganaría la gloria. Había servido la mesa con esmero. Cumplían las bodas de estaño o lata, diez años de pareja.

—Uh, qué bruto, siempre me olvido de traerte algo —dijo Emilio.

Y ella dijo:

—No importa, corazón, sé cuánto me querés.

—Hasta el cielo y más —dijo él.

—Sentate y comé —ordenó ella, un poco vehemente, sirviéndole un tinto espeso en la copa.

—Mmmm —dijo él frente al plato. Se frotó las manos. Lo probó. Y ella esperó la frase.

—Está re-bueno— dijo él.

Ella alzó la copa, pero él siguió.

—Casi como el de la vieja.

Bruto. Animal. Después de esa noche ella había comenzado la terapia.

—Me está costando tener relaciones. Cuando estoy en lo mejor se me aparece el guiso. Si no consigo hacerlo como el de Perla creo que voy a volverme frígida para siempre.

—Por un guiso —preguntó la analista.

Y ella se levantó del diván. Qué podía entender una idiota como esa.

Toma con cuidado la carne y la coloca sobre el colchón de cebollas doradas y morrones tiernizados por el calor. *Quiero encerrrrraaar a tu mirada entre mis mmmmanooos luego abrazarrrrrte y llenarrrrte de*

*caloor*. El aroma que sale de la cacerola la estremece, como la voz de Sandro. Se imagina el festejo de esa noche. Le parece sentir las manos de Emilio –ligeramente pringosas después de haber pasado el pan por todo el plato– buscándole las rodillas bajo el mantel. Levantándole la falda de a poco. Un rato después, en la cama, o en el sofá, o sobre la mesa aún con los platos puestos, ella se montaría sobre su vientre satisfecho y preguntaría:

—¿Quién sabe hacer el guiso como tu vieja?

Imagina la respuesta de él. Y un cosquilleo burbujeante sube desde su entrepierna y la recorre. El chisporroteo de la carne trémula al contacto con el calor la hace reír. Va haciéndola girar de a poco, administrando el placer de verla dorarse en una capa delgada y brillante que guarda los jugos y el sabor. Qué disfrute por Dios, siente que se ahoga y lo único que puede hacer es cantar, con la garganta entera, dejar salir toda la tensión acumulada en años de búsqueda implacable. Viene a su mente la mañana en que creyó que Perla le dejaba el testamento. La receta original, sacada de una vieja revista femenina. Perla viajaba a Italia gracias a las cuotas de la tarjeta de crédito. Ellos en pocas semanas cumplían las bodas de cristal, quince años de pareja. Habían comprado heladera con freezer y cocina nueva. Parecía acercarse la felicidad.

—La encontré el otro día y quería dártela, por si no vuelvo —le dijo Perla camino al aeropuerto, y le dejó la página descolorida por los años, con algunas manchas de grasa que Laura consideró tesoros de una tradición. Leyó la receta para ver qué era lo que no hacía correctamente. Y otra vez creyó encontrar el secreto: decepcionante, pero secreto al fin. El caldo no era el que se consigue cortando y echando verduras frescas a la olla, espumando y esperando con paciencia de monja, no. El caldo era comprado. La imagen de Perla se le desdibujó. ¿Podía ser la misma madre que esperaba a su hijo revolviendo el guiso en la madrugada? ¿Cuando Perla decía: *Hacés un caldo bien rico y le ponés diez cucharadas sobre la carne*, se estaba refiriendo a esos caldos envasados? ¡Mirá vos a la vieja!, había pensado Laura después de reponerse de la decepción. Ahí teníamos la clave. Claro, Perla siempre había sido una mujer trabajadora, desde que el padre de Emilio murió, ella había tenido que salir a buscar el sustento para su único hijo. Cómo no darse cuenta de ese detalle. Lógico y determinante. Laura había comprado entonces el caldo que la llevaría al triunfo. Siguió la receta con devoción. Paso por paso. Las cebollas, la sal marina, el laurel fresco, la cuchara de peral, los morrones bien rojos y tersos, y por fin el caldo comprado. Y llegó Emilio, y probó el guiso.

—Sublime —dijo poniendo los ojos en banco.

—¿Como el de tu mamá? —dijo ella.

—Casi. ¿Qué le cambiaste?

*Quiiiiiieero poddeeeerte encontraaaaar* canta Sandro. Y ella echa los tomates licuados sobre la carne. Revuelve, baja el fuego al mínimo y va a poner la mesa. Ahora sí había dado con el dato clave. Durante el último mes, a medida que se acercaba la fecha de los veinticinco años, había ido sometiendo a Emilio a un revivir de infancia. Esperaba la noche para hacerlo, en la cama. Después de fingir un paroxismo que hacía años no sentía, y mientras el orgullo de él se transformaba en sueño plácido de hombre, Laura disparaba una pregunta. Él, inocente, le iba confiando detalles, recuerdos de su madre en la cocina: el delantal de cafeteras y pavitas con un bolsillo que tenía bordada la palabra amor. La cacerola de acero inoxidable que ya una vez Perla les había donado sin saber a qué atribuir tanto interés de parte de Laura, y por fin, casi como un descuido, Emilio había confesado:

— Cuando cocinaba, mi vieja escuchaba a Sandro.

—¿Sandro?

—Sí. Me acuerdo cómo cantaba esa canción. Se la veía tan feliz, pobre vieja.

—¿Qué canción?

—Una que decía *quiero llenarme de ti*, ¿te acordás?  
Laura sube el volumen.

*Quiiiiiiiero llenaaaarme de tiiii*. Pronuncia con fervor cada palabra. Deja que la voz ardiente de Sandro la inunde hasta el alma. Que la haga vibrar. No hay alquimia más elemental que esta para que una comida sea inolvidable. Dejarse estremecer por un hombre mientras se prepara la felicidad para otro. Gozar a solas, en la cocina, sin que nadie se atreva a interrumpir. Ahí estaba el secreto. Hoy su guiso merecerá el título: *Igualitoaldelavieja*. Un cuarto de siglo le había costado entender el secreto de Perla. La mira en la foto, con su cara de madre mojigata.

—Sí que te la tenías guardada, turra.

Mira el reloj. El guiso está listo y ella también, a un paso de la gloria. Un minuto más de fuego para redondear el sabor. Le pone la tapa con cuidado dejando una luna destapada para que salga el vapor y se mira en el reflejo de la ventana. Hoy será una mujer que ha conquistado su sueño. Sandro le canta: *tu peligrosa insolencia me estremeeeece, tu picardía me hace sonreír*. Ella se desabrocha un botón de la blusa y, justo cuando está acomodándose el busto, suena el timbre. Se queda quieta, como si la hubieran pescado *in fraganti*. No sabe por qué, imagina que Perla es la que ha tocado.

Está segura de que viene a arruinarle el guiso. Apaga la música. Mientras se vuelve a abrochar el botón de la blusa, camina con apuro hasta la puerta de casa. Se acomoda el pelo y abre. Un ramo enorme de rosas amarillas ocupa el escalón que da a la calle. Y una tarjeta que no puede dejar de mirar. Se agacha despacio. *25 años de amor. Emilio.* Recoge el ramo y lo aprieta contra el pecho. Se asoma a la calle. Nadie. Con el pie en la puerta, para que no se cierre, escudriña cada árbol de la cuadra. Cada auto. Entonces lo ve. Escondido. Emilio ríe y sale a su encuentro. Ella baja a la vereda. Se abrazan.

—Viste, me acordé —dice él, y ella lo besa con una pasión resucitada, como si volviera de un viaje largo. Y está a punto de decirle: *No sabés lo feliz que soy.* Pero no llega a hacerlo, porque la asalta la imagen del guiso sobre el fuego. Mira la puerta cerrada y grita.

—¡No tengo llave! —Él jamás comprenderá la mirada de horror con que lo acusa.

Corre hacia la puerta. Emilio parece burlarse de la urgencia. Lo ve buscar en el llavero que cuelga de su cinturón la llave de la casa, oye sus preguntas, bromas que ella ni contesta. La puerta se abre. Un olor acre viene de la cocina. Ella arroja las flores por ahí, y corre hacia la olla, agarra la cuchara de peral y la hunde. Una



ligera capa de salsa marrón se ha adherido al fondo de la cacerola. El guiso se quemó. Todo está perdido.

Mira la foto de Perla brindando, y cuando está por gritarle: *Renuncio, renuncio para siempre, vieja arpía*, escucha la voz de su marido:

—¡Este es el olor que había en casa cuando la vieja hacía el guiso!

Se queda aferrada a la cuchara de madera, mirando a Perla que sonrío con la copa en alto. A su lado Emilio brinda para siempre, feliz. *No sabés lo que es ese guiso*, recuerda Laura, *lo más grande que hay*.



Este cuento se publicó en *Lo que dicen cuando callan*.

---

#### Si te gustó...

*El gusto de los otros*, dirigida por Agnes Jaoui; *Cuentos de humor y amor*, de Ana María Bovo; *Algo sobre mi madre (Todo sería demasiado)*, de Gabriela Acher; *La elegancia del erizo*, de Muriel Barbery.





# La biblioteca Libros y Casas

---

- **90 minutos.** Relatos de fútbol
- **Todo queda en familia.** Textos de humor
- **Cosas imposibles.** Cuentos fantásticos y de terror
- **Bajo sospecha.** Relatos policiales
- **Palabra de mujer.** Crónicas sobre mujeres argentinas
- **Amores argentinos.** Historietas sobre cuentos y novelas de amor
- **Mucha, mucha poesía.** Tres siglos de poesías y canciones
- **Hubo una vez en este lugar.** Mitos y leyendas de este lado del mundo
- **Animales rimados y no tanto.** Poesía para chicos
- **Brujas, princesas y pícaros.** Cuentos clásicos infantiles
- **Constitución de la Nación Argentina**
- **El Nunca más y los crímenes de la dictadura**
- **Manual de las mujeres.** Guía de derechos, salud reproductiva, familia y trabajo para adolescentes y mujeres adultas
- **Manual del hogar.** Guía para el mantenimiento de la casa y la prevención de accidentes domésticos



# Todo queda en familia

## Textos de humor

Reímos para no llorar. A veces, el humor es la única forma que encontramos para poder hablar en serio. Pero, en la familia, el humor es algo más: es una forma de sobrevivir. ¿Quién no canjeó las ganas de hacerle un piquete de ojos a su suegro por un inocente chiste de salón?

Todo queda en familia es un homenaje al humor inteligente y burlón, con juegos de palabras, dobles sentidos y caricaturas, que nos defiende con su ironía de la agresión y las mentiras del mundo. A la risa, que nos libera y nos vuelve criaturas cómicas. Ya lo dijo Chaplin: mirada de cerca, la vida es una tragedia, pero vista de lejos, parece una comedia

